

I

GOLFO DE PATRAS, 7 DE OCTUBRE DE 1571

El silencio en alta mar augura muerte.

Alineados en cubierta, los soldados contenían el aliento ante el avance enemigo. Frente a sus pupilas temblorosas, la flota más imponente que jamás había surcado los mares navegaba hacia ellos con el aplomo de mil incendios.

El océano, extrañamente impasible, pronto estaría teñido de rojo.

Desde la amura de babor, Miguel aferraba su arcabuz junto a la borda de La Marquesa. Sus ojos volaban fugaces de una vela a otra, incapaces de abarcarlo todo. Atrás quedaban ya los últimos días, febriles y agitados. También su exilio de tantos años, y la parca cabalgando en su grupa. A su lado, Rodrigo se mordía el labio.

Al percibir la agitación de su hermano, Miguel se colocó tras él. «*Tranquilo*», le susurró, tratando de ocultar su propia inquietud. Desde el alba, el augurio del final flotaba entre los mástiles. En torno al ojo del huracán un cataclismo inevitable giraba con una parsimonia casi burlona, amenazando con engullirlo todo.

Desde un buque cercano, Manuel de Poulo veía pasar ante sus ojos los capítulos inconexos de toda una vida, en una secuencia que ahora cobraba sentido. Una aldea remota abandonada siglos atrás, una manita de viaje y un sendero sembrado de abandonos.

Marinos y soldados sentían atronar sus corazones. Los tiempos eran llegados.

Como cada amanecer, el día había extendido su manto de luz sobre las aguas. No obstante, los ecos que lo precedían sonaban, esta vez, como un redoble en las catacumbas.

Décadas después, desde la sombría celda castellana donde sería condenado a expiar sus pecados, Miguel recordaría aquella batalla como «*la más alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros*». Solo sus recuerdos y sus fantasías lo habrían de acompañar en los años de encierro. Nada más que aquellas imágenes grabadas a

fuego y dos amigos imaginarios. Pero esa —como todo el mundo sabe— es otra historia.

Porque allí, en ese mediodía soleado de octubre, la eternidad había tendido una celada sombría sobre las cofas de los navíos. El canto de una moneda iba a determinar el devenir de los tiempos.

Todo sucedió en el mar que acaricia a la pequeña ciudad de Náfpaktos. Una villa portuaria de la vieja Hélade, más conocida en Occidente por su nombre italiano.

Lepanto.

II

La victoria fue aplastante.

La cristiandad, arrinconada por el avance otomano durante decenios, festejó el triunfo por todo lo alto. Les habían arrebatado los lugares sagrados de Tierra Santa, las aguas orientales del que siempre había sido su mar y hasta su gran capital, la ciudad de Constantino. Sin embargo, gracias al éxito conquistado en Lepanto, la situación se había dado la vuelta. Ahora, por primera vez en décadas, era el turco quien lamía sus heridas.

Muy pocos cuestionaron si tanta pompa no acabaría por resultar un espejismo.

Entre el alborozo reinante, el papa de Roma ordenó establecer la festividad de la Virgen de las Victorias en conmemoración de tan señalada ocasión. La civilización occidental había repelido la más oscura amenaza que había conocido en los mil últimos años. Ahora podrían respirar. El éxito en la mayor batalla naval que jamás había tenido lugar en cualquier océano del mundo bien lo merecía.

La fecha pasaría a la posteridad como la fiesta de la Virgen del Rosario. Desde entonces, toda la cristiandad católica la habría de celebrar con esa extraña mezcla de devoción y festejos que distingue sus ritos. Así lo había dispuesto el sumo pontífice, por mucho que en la batalla hubieran sido masacrados más de cuarenta mil hombres.

Por mucho, también, que unas dudas se cernieran como nubarrones sobre el horizonte en el que brillaba el sol de la autocomplacencia. Que aquel súbito rolar no fuese más que una tregua concedida por los vientos no parecía importar a nadie.

Era hora de festejarlo, había dicho el papa.

Y la voluntad del papa, como todos sabían, equivalía a la voluntad de Dios.

III

MADRID, OCTUBRE DE 1571

Felipe logró quedarse solo.

Acababa de convertirse en el hombre más poderoso del mundo.

«Rey del Universo», lo habían llamado sus consejeros, aunque su sensación era más bien la que hubiera dejado una cuchilla helada al rozar su piel. En tragos como aquel, solo acariciar el pequeño relicario que colgaba de su cuello podía devolverle el sosiego perdido.

Las reliquias de los santos. Su devoción más íntima.

Aquello era lo único capaz de aliviar los males de su alma. Con los ojos cerrados, besó la cajita engarzada en una cadena de oro y se la pasó por toda la cara, aspirando su aroma con fruición. En cuanto pudiera correría hasta el armario donde guardaba su colección particular. Tenía mucho que agradecer a los vestigios sagrados.

Una vez más, sus súplicas habían sido escuchadas.

Al volver en sí, inspiró profundamente.

Una cimitarra se había recreado en su nuca, acariciándola durante todo aquel tiempo. Por suerte, sus almirantes habían vencido esta vez. Los otomanos iban a tener que pensárselo mucho antes de amenazar de nuevo el corazón de Europa.

Ya más tranquilo, se recostó. Eso era lo que había estado esperando. Por fin podría escabullirse de tantos preparativos para centrarse en su anhelo más intenso. En su verdadero sueño. Aquella idea le hizo echar un vistazo a través de la ventana.

Entonces, y solo entonces, el rey sonrió de verdad.

Hacia poniente, unas montañas azules recortaban el horizonte.

Entre ellas se estaba construyendo el edificio más soberbio de cuantos habían existido jamás. Ardía en deseos por visitar las obras una vez más. Llevaban ocho años en marcha, y otros tantos faltaban para verlas acabadas.

El más imponente centro de poder crecía a paso firme entre los montes que él contemplaba con mirada soñadora desde Madrid. El núcleo material, y sobre todo espiritual, del nuevo orden político que él encabezaba.

El Escorial. Eje del mayor imperio que jamás había existido.

Había llegado la hora de actuar.

O ejecutaba ahora lo que llevaba tanto tiempo planeando o tal vez jamás tuviera arrestos para hacerlo. Para un cometido de tal calado iba a necesitar al hombre más brillante de cuantos conocía. Un erudito de talento extraordinario.

Solo así El Escorial dejaría de ser un cascarón vacío.

Algo le decía que el éxito en aquella misión determinaría su reinado. Si la santidad suprema no lo avalaba, estaría condenado al fracaso. *Ahora o nunca*, se dijo. Y que fuese ahora. Con el vello erizado, Felipe ordenó que se preparase el jinete más veloz.

Había que llevar una carta a Alcalá de Henares.

Necesitaba ver a Ambrosio de Morales.

IV

MONXOI (CERCA DE COMPOSTELA), 1 DE MAYO DE 1588

Los pies se hunden en el lodo cuando el camino es incierto.

Ambrosio cabalgaba taciturno con la mirada en la espalda de sus ayudantes. La niebla envolvía a la pequeña comitiva, difuminando el entorno. El camino le resultaba familiar, pero habían pasado quince años desde la última vez.

El nuevo encargo del rey, tan envenenado como el de aquellos días, daba vueltas en su cabeza. No habían adelantado más que a un puñado de peregrinos desperdigados, pero supuso que pronto vislumbrarían las torres de la catedral.

Pese a todo, sonrió al ver cómo Mundo arropaba al pobre Cándido, enfermo otra vez.

Fue cosa de un instante.

Habían pasado tres lustros, pero la tensión seguía palpitando en sus sienas. De la misión de aquellos días se había llevado un equipaje atestado de monstruos domésticos.

Pesadillas que regresaban cada noche para destellar tras sus párpados.

Lo sucedido entonces, sumado a la publicación de su famoso *Viage a los Reynos de León y Galicia y Principado de Asturias*, había supuesto un seísmo del que seguían llegando réplicas. Desde entonces, una sombra acechaba sus secretos más inconfesables. De ahí que una mano fría lo atenazase cuando el rey le comunicó sus nuevas intenciones.

Había sido en El Escorial apenas dos semanas atrás.

IGLESIA VIEJA DE EL ESCORIAL, 16 DE ABRIL DE 1588

—¡Ambrosio, amigo! Disculpad que no me levante, ya veis... Esta maldita gota me tiene postrado en esta silla del demonio, más propia de un lisiado que de un rey. —Ante la reverencia circumspecta del licenciado, Felipe reaccionó cambiando el tono—. Pero dejemos a un lado estas pequeñas contrariedades... Decidme, amigo..., ¿cómo se

encuentra el más insigne erudito de todos mis reinos? —sonrió, abriendo los brazos.

El cronista alzó las cejas.

Aquel recibimiento no era propio de un hombre como Felipe.

Su habitual rictus de amargura se había dulcificado en una sonrisilla lisonjera que daba más dentera que otra cosa.

—Me honráis, alteza, mas no creo ser merecedor...

—¡Vamos, vamos, sin remilgos! —lo atajó Felipe con una familiaridad que, nuevamente, no le dio buena espina.

La última vez que lo había halagado de ese modo había acabado por encomendarle un encargo endiablado.

—Nadie sino vos hubiera podido cumplir con tan sagrada misión, Ambrosio. De no ser por vos, este lugar no sería lo que es. —Mediante gestos, el rey señaló hacia los muros de El Escorial—. Creedme; lo tengo presente cada día en mis oraciones.

El licenciado inclinó la cabeza.

Hacía tres años que habían terminado las obras de San Lorenzo, la más imponente construcción que el ser humano había erigido jamás. Y aun así, la monumentalidad no era el motivo que había hecho construir aquel edificio. Ni tampoco las motivaciones diplomáticas o la ostentación con fines políticos, tan habitual en las cortes europeas.

Lo que convertía a aquel lugar en el ombligo del mundo era lo que sus muros guardaban. Y no los libros valiosos, ni las excelsas obras de arte.

Aquello era secundario para el rey.

—Todo esto no sería más que un cascarón vacío —le había dicho entonces.

Habían pasado quince años, pero los recuerdos ardían en su memoria.

—Lo sustancial es lo que los muros de su basílica han de acoger —siguió Felipe—. Además de las tumbas de los reyes pasados y de los que hayan de venir, haremos de este lugar el mayor centro de santidad del mundo. —Ahí, Ambrosio trazó un gesto de perplejidad. ¿No estaban para eso las catedrales y los mausoleos? No obstante, Felipe pasó por alto su desconcierto—. Y para completar tan sagrada misión es para lo que os necesito, licenciado.

Después le había encomendado la ardua tarea de recopilar todas las reliquias sagradas que se custodiaban en cientos de iglesias, colegiadas y monasterios del norte de la Península.

Y a fe que había cumplido.

Miles de piezas habían sido confiscadas por él, Ambrosio de Morales, en nombre del rey Felipe II. Cabellos sueltos de Cristo, espinas

de su corona, miembros incorruptos y hasta cuerpos completos de santos. Unos vestigios que las congregaciones y parroquias que los custodiaban veneraban como tesoros.

El Escorial se convirtió así en el mayor relicario del mundo, con más de siete mil piezas guardadas en su lipsanoteca. Las reliquias eran visitadas a diario por el soberano del imperio donde no se ponía el sol. Aquel soberbio edificio, sin parangón en el mundo entero, había sido concebido como el envoltorio de toda esa santidad.

Así lo había soñado el monarca, y así se había hecho.

Y él, el licenciado Morales, era el artífice de tal hazaña.

Ante los nuevos elogios de Felipe, Ambrosio volvió en sí.

Aquellos recuerdos seguían oprimiéndole el pecho.

—Os lo agradezco, alteza. No será por obra mía, pero lo cierto es que este monasterio de San Lorenzo es una obra magnífica.

Ahora fue el rey quien lo miró con suspicacia.

—Ese trabajo vuestro, querido Ambrosio... Sé que han pasado quince años desde entonces, y aunque cumplisteis con creces lo que os encargué tras la victoria en Lepanto, lo cierto es que aquella misión quedó... Cómo lo diría... ¿Incompleta?

El licenciado arrugó la frente.

Se había pasado todo el año de 1572 trillando los caminos de los reinos de León y Galicia, y las había tenido tiasas con abades malencarados y con hordas de lugareños furibundos. Hasta se había visto obligado a escabullirse en más de una ocasión como un vulgar ladrón de gallinas.

Y después de tantos sacrificios... ¿todo eso había quedado *incompleto*?

—No me entendáis mal —rogó el rey, conciliador—. Nada tengo que reprochar a aquel trabajo. Si acaso, fui yo... quien no se atrevió a... a pedirnos que culmináseis la misión.

Ambrosio guardó silencio. Y aquello... ¿qué quería decir, exactamente? ¿Cuál era esa supuesta culminación pendiente?

Un mal presentimiento asomó tras su hombro.

—Sí, licenciado... Vuestro viaje, entonces, finalizó abruptamente en Compostela. Esas cosas que publicasteis sobre el cabildo... El caso es que tuvisteis que abandonar la ciudad por la puerta de atrás justo cuando yo estaba tramitando con la Santa Sede el último encargo. El más importante de todos, por cierto...

El cronista abrió mucho los ojos, pero el rey siguió como si tal cosa.

—Después, unos asuntos y otros acabaron por diluir la ocasión. La dispensa papal no llegaba, vos regresasteis a Alcalá... En fin, que

la cuestión fundamental de aquel *viage* estaba sin completar. El tesoro que hoy acoge nuestro relicario no admite comparanza en el mundo entero, pero... falta en él, por así decirlo, la joya de la corona...

Un gesto significativo confirmó lo que Ambrosio ya había intuido.

—Falta en El Escorial, Ambrosio... La última reliquia.

El licenciado se quedó sin aliento.

—Pero, majestad... —balbució—, no he dudado en jugarme el pellejo por esos *reynos* de Dios, pero esto, si me lo permitís... ¿La reliquia más sagrada de toda la cristiandad, arrancada de su ubicación originaria? Las consecuencias serían...

Felipe esbozó un ademán displicente, cortando sus reticencias de raíz.

Como si todo aquello no fuera más que un trámite menor.

Y eso, se estremeció Ambrosio, era más preocupante aún. El rey no hacía más que quitarle hierro a la operación cuando podrían estar hablando del mayor latrocinio que jamás se hubiera cometido.

—Descuidad, licenciado; este proyecto mío no es locura ni improvisación. Llevo años preparando el terreno. Monseñor Quiroga está tramitando la dispensa ante la Santa Sede. Ya solo falta que halléis un fundamento jurídico para el traslado de los restos. Nadie mejor que vos podría hallar en esa catedral el argumento que avale nuestra voluntad: que el señor Santiago duerma el sueño eterno aquí, en el mayor centro de santidad del mundo. Además, mi ilustre amigo..., no creeréis que he nombrado arzobispo a Sanclemente por casualidad...

El pulso del licenciado se desbocó definitivamente.

Lo que para el rey parecía ser una estratagema astuta, para él era un clavo de fuego en la tapa de su ataúd.

Juan de Sanclemente y Torquemada era su propio sobrino, y Felipe lo había nombrado arzobispo de Compostela de forma inesperada. Todos los naipes del soberano acababan de quedar boca arriba, y su cariz era aún más desconcertante de lo que Ambrosio había alcanzado a prever.

Felipe no tenía ni idea de las pesadillas que lo asolaban desde su visita a Compostela. No sabía nada de aquel amor proscrito que había terminado en tragedia, ni sobre aquella mujer asesinada ni sobre el purgatorio en el que llevaba quince años asándose a fuego lento.

—Debemos guardar el secreto hasta que la reliquia esté a buen recaudo —indicó el soberano, sacándolo de sus ensoñaciones—. No digáis nada mientras no la tengamos aquí, en El Escorial.

Aunque al borde del colapso, Ambrosio asintió.

—Como ordenéis, majestad —respondió, cabizbajo.

El peso de cien planetas acababa de posarse sobre sus hombros.

Traer a El Escorial aquello que el monarca había denominado «*la última reliquia*», como si fuera un apero de labranza o un vellón de lana, se le antojaba poco menos que imposible. Miles de peregrinos de toda Europa se rebelarían si tal cosa sucediese; y muchos hombres de fe iban a montar en cólera en el seno de la Iglesia. Y, lo que era peor, él tendría que afrontar la furia de una ciudad contra el capricho de un rey.

El cabildo de Compostela no era un enemigo común.

Iba a tener que hallar razones de peso en el archivo de la catedral compostelana para justificar una acción de tal calibre. La voluntad del rey, en un caso así, no era suficiente.

Ni aunque viniera avalada por el mismísimo papa de Roma.

Al asumir su misión, Ambrosio se mordió la lengua.

Tenía por delante un camino plagado de odios y peligros. De intereses aviesos y hombres sin escrúpulos.

Y también de los recuerdos más amargos, que habitaban en la propia Compostela. Sombras que llevaban tres lustros aferradas a su cuello, y que se agrandaban ante la perspectiva de asestarle un golpe cruel a su propio sobrino.

El panorama era devastador. Sin embargo, no podía negarse. Cómo hacerlo. Nadie más podría hacerlo.

La voz de Mundo le hizo volver en sí.

El relicario, el rey y hasta El Escorial entero se desvanecieron de su memoria ante el ruidoso alborozo del muchacho, que hacía encabritar a su montura.

—¡Maestro! —vociferó, mientras Cándido sonreía débilmente—. ¡Mirad!

Al seguir la dirección de su dedo, Ambrosio sintió un escalofrío.

Al fondo, asomando entre la niebla hecha jirones, unas torres de piedra sobresalían de unas lomas verdes. La estampa era inconfundible.

Allí estaba, al final de los caminos, la ciudad sagrada. El faro de Occidente, impasible al paso de los siglos, y también el cubil insospechado de sus pesadillas más funestas.

La tumba del señor Santiago.

La vieja Compostela.

V

COMPOSTELA, 1 DE MAYO DE 1588

Al fin llegaron.

Los muchachos, con sus miradas expectantes, lo sacaron del aturdimiento. Aunque azorado, el anciano acabó por desmontar. Ellos, ya pie a tierra, aguardaban las instrucciones de su maestro.

Mientras amarraba su caballo ante el gran hospital, Ambrosio echó una mirada pesarosa en derredor. Jamás hubiera creído que acabaría por regresar a aquel lugar.

Aunque sacudido por emociones antiguas, esas que solo afloran ante los olores que se han grabado a fuego en lo más profundo de la memoria, se obligó a contemplar la gran plaza. Allí estaba la misma piedra gris en las fachadas recubiertas de musgo, y esas cornisas sombrías, modeladas por la lluvia durante cientos de años. A primera vista, nada parecía haber cambiado. Si acaso, los colores presentaban un cariz más gastado.

Más decrepito, se podría decir.

Su vista taciturna vagó en redondo hasta posarse, ya casi a la altura del propio hospital, sobre la puerta del Santo Peregrino. La salida de la ciudad en dirección al océano. Por allí, recordó, se iba a los confines últimos del continente. Al fin del mundo.

Al contemplar esa puerta, su melancolía se transformó en dolor. Por allí había visto salir un cortejo fúnebre quince años atrás. Aquella muerte, aunque nadie había llegado a saberlo, era lo que había motivado entonces su huida de la ciudad.

Compostela, al fin. Allí dormían sus demonios más inconfesables. Los secretos que había tratado en vano de enterrar bajo paladas de olvido.

Y, sin embargo, allí estaba de nuevo. Justo en el mismo lugar.

Ambrosio se giró hacia la fachada del hospital. Mundo ya había descargado todo el equipaje y ahora, tras ayudar a Cándido, silbaba al admirar la fábrica del edificio.

—Teníais razón, maestro —le sonrió, mal disimulando su entusiasmo—. Los reyes esos que llaman Católicos no escatimaron a la hora de exhibir su poderío en los mismos hocicos del arzobispo.

El licenciado, con aire aturdido, no contestó. Cándido, aunque demacrado, asintió. Lo que decía su compañero era cierto, sí.

Casi cien años atrás, Isabel y Fernando, los bisabuelos del rey Felipe, habían erigido aquel fastuoso hospital a unos pasos del palacio episcopal. Ponían así una pica de acero en el corazón mismo de la ciudad sagrada, dejándole bien claro a su señor que también ellos eran poderosos allí.

—¿Ves estas cadenas? —le susurró a Mundo, señalando el cerramiento que cercaba el recinto hospitalario mientras el maestro, a unos pasos, seguía sin reaccionar—. Delimitan la jurisdicción real. Una vez las hayamos atravesado solo el rey puede aplicar justicia sobre nosotros. Ni el prelado, como señor de la ciudad, ni los nobles locales. Solo don Felipe.

Pese a la discreción de los muchachos, sus cuchicheos provocaron que el cronista volviera en sí. Una vez más, la historia se empeñaba en rimar consigo misma. Un siglo después, de la autoridad que el monarca actual lograra manifestar ante el cabildo iba a depender el futuro de sus designios.

—No hay memoria tan duradera como la que se labra en piedra —sentenció Ambrosio. Los dos jóvenes, que lo habían visto sumido en un extraño pesar a lo largo de todo el camino, sonrieron ahora con alivio—. Esta ciudad tendrá para siempre el ojo de los monarcas de Castilla sobre ella. Y en su mismo corazón, como podéis ver. —Los muchachos observaron con un asombro redoblado la fastuosa fachada del hospital mientras su maestro se les acercaba por detrás—. Entremos en esta casa de sabiduría y hospitalidad. El camino ha sido largo. Es hora de reposar.

Mientras Mundo se echaba todos los bultos a la espalda, Ambrosio ayudó a Cándido a entrar. El muchacho acumulaba ya seis días de fiebres. Su naturaleza endeble le hacía caer enfermo cada dos por tres. Solo con que el tiempo empeorase o saliesen a los caminos, la alteración más leve bastaba para ponerse pálido como un sol de invierno.

—¡Licenciado Morales! —En cuanto atravesaron la puerta, un vozarrón atronó en el vestíbulo del Hospital Real—. ¡Amigo mío!

Tras sentar a Cándido en uno de los enormes bancos labrados, el licenciado se dejó abrazar por un gigantón que parecía estar aguardándolo. El hombre, con ademanes de euforia apenas contenidos, le dio unas palmadas a la espalda de Ambrosio que el muchacho, desconcertado, temió que fueran a descoyuntarle los omóplatos.

Al fin y al cabo, el maestro pasaba ya holgadamente de los setenta años.

—Este es Cándido Suevos, mi discípulo. —Ambrosio se giró hacia el joven—. Como podéis ver, lo aquejan unas fiebres desde hace unos días. Cándido, este es mi viejo amigo José Formoso, el Boticario Mayor del Hospital Real. Él se encargará de restituirte la vitalidad que te ha robado el camino. Descuida: su maestro fue nada menos que el gran Nicolás Monardes.

El muchacho, aunque frágil, inclinó la cabeza desde el banco. Las credenciales de aquel hombretón, desde luego, también eran impresionantes.

—Tranquilo, joven amigo, mis hierbas os bajarán esa fiebre esta misma tarde —le sonrió Formoso, antes de volverse hacia el maestro con el ceño arrugado—. Pero, licenciado... En vuestra carta mencionabais a dos catecúmenos, ¿o es cosa mía? ¿Qué ha sido del otro, pues? ¿No os ha acompañado, finalmente?

Justo en ese momento, Mundo irrumpió por el portón cargado como una mula. Ambrosio, que se disponía a contestar, lo señaló con el mentón.

—Cierto, Pepe..., y aquí, precisamente, está el otro: Segismundo de Bretoña. Mundo, acércate: te presento a nuestro anfitrión, maese Formoso. Ya te he hablado de él.

Formoso, más regocijado incluso que antes, le dio un apretón de manos que hubiera hecho saltar por los aires los remaches del mismísimo botafumeiro. Cándido, desde el banco, sonrió una vez más.

Suerte que Mundo tenía la fortaleza de veinte bueyes.

—En fin, amigo... —interrumpió al fin Ambrosio—. Estamos deseando instalarnos... Como podéis ver, nuestro Cándido necesita reposar.

—Claro, claro. —El boticario asintió, sin dejar de sonreír—. Disculpad mi torpeza, Ambrosio... Qué mal anfitrión. Tantos años deseando veros... Vamos, vuestras alcobas están listas.

Los ayudantes del boticario ayudaron a Mundo con los equipajes, y Ambrosio volvió a ofrecer su hombro a Cándido, esta vez ayudado por Formoso. Se encaminaban ya al claustro donde crecían las hierbas medicinales cuando una voz a sus espaldas los hizo detenerse.

—Bien hallados sean nuestros visitantes.

Todos se dieron la vuelta, desconcertados. Tras ellos, alguien había entrado en el hospital sin que ellos se percatasen.

Al ver de quién se trataba, los ayudantes del boticario soltaron los fardos y bajaron la cabeza exageradamente. Los discípulos de Ambrosio se miraron con sorpresa. Desde luego, tal visita sí que no se la esperaban. Ni ellos ni nadie, a juzgar por los rostros atónitos de los demás. Y, sin embargo, así era. Los ropajes color púrpura no dejaban

lugar a dudas. Aquel, dedujo Cándido, tenía que ser Juan de Sanclemente.

El arzobispo de Compostela en persona.

Mundo buscó una explicación en la mirada de su compañero, pero Cándido, con los ojos muy abiertos, negó con la cabeza. Después, mediante un gesto, lo conminó a inclinarse también.

Aquella no era una visita cualquiera, desde luego. El Hospital Real era tierra hostil para cualquier prelado compostelano. El mero hecho de atravesar las cadenas que cercaban su recinto suponía un riesgo indeterminado para él. Algo que muchos de sus predecesores no se hubieran atrevido a hacer jamás, aunque el palacio episcopal se alzase a tan solo unos pasos.

Formoso, mudo de desconcierto, se quedó mirando a Ambrosio. El cronista, tras una breve indecisión, avanzó hacia el prelado. Ya ante él, hincó la rodilla en el suelo y le cogió la mano, dispuesto a besar su anillo.

—Monseñor... Ha pasado mucho tiempo.

Cándido pudo ver cómo el hombre, unos veinte años más joven que el maestro, esbozaba un ademán displicente. Después se alarmó al ver cómo Mundo, a su lado, bufaba de indignación. El muchacho seguía sin entender que el sabio más insigne de todos los reinos cristianos tuviera que agachar la cerviz ante semejantes petimetres, por muy obispos que fueran. Le dio un codazo amortiguado. Aquellas eran las indiscreciones contra las que el maestro lo había prevenido una y otra vez.

Sanclemente rehusó el gesto humilde de Ambrosio, obligándolo con delicadeza a incorporarse para después darle un abrazo sentido.

—Mucho tiempo, sí... Amado tío —respondió.

Mundo y Cándido cruzaron una nueva mirada de asombro, más intensa incluso que la anterior. ¿El arzobispo de Compostela era el sobrino del maestro?

Entonces también ellos bajaron la cabeza.

Aquello, sin duda, lo cambiaba todo.

VI

EL ESCORIAL, 1 DE MAYO DE 1588

«*Alejandro Farnesio, duque de Parma*
Palacio Coudenberg, Bruselas

Alejandro, hijo mío:

Espero que las aguas estén más tranquilas ahí, en Flandes, que la última vez.

Respecto a la empresa que tenemos entre manos, todo sigue según lo previsto. La Gran Armada se prepara para dirigirse a tu encuentro.

El duque de Medina Sidonia te comunicará en breve que su flota está a punto de salir de Lisboa. Sé que no es lo que habíamos hablado, pero ya no hay vuelta atrás.

Juntos, estoy seguro, podréis culminar este plan trascendental. Inglaterra, con todos sus infieles y sus piratas, pronto estará prostrada ante la auténtica Fe. Ya es hora de acabar con este asedio interminable.

Procura que tus ocupaciones como gobernador de Flandes no obstaculicen la campaña. De esta invasión depende, en gran medida, la paz futura de nuestros reinos. Desde que falta mi hermano ya solo puedo confiar en ti. Eres mi sobrino a ojos del mundo, pero en mi corazón eres, en verdad, el único hijo con el que ahora puedo contar.

El único que hoy puede ayudarme en esta encrucijada.

Siempre tuyo
Yo, el Rey».

Felipe levantó la vista del papel.

Hacía casi tres meses que la fiebre de Gafe había matado a Bazán. En mala hora, ciertamente. El insumergible marqués ya ultimaba los preparativos de la operación en Lisboa. Entonces fue cuando pensó en

el duque de Medina Sidonia. Él tendría que encargarse de llevar los barcos a Flandes. La reserva de treinta mil hombres que el duque de Parma tenía allí bajo su mando bastarían para arrasarse Londres. Lo único que necesitaban era que alguien los transportase a través del Canal de la Mancha. Que los hicieran desembarcar en Kent.

Ese era el plan.

Ya solo faltaba que la Armada recogiese al ejército de Farnesio en los puertos del canal. El resto, tal y como había previsto el propio Alejandro, no debiera ser más que una marcha triunfal por la campaña inglesa.

Al evocar el plan, con sus lagunas y sus contradicciones, su gesto se endureció. «¿Y qué haremos, majestad, cuando hayamos destronado a Elizabeth?». Eso le habían preguntado entre dientes los únicos consejeros que se habían atrevido a hurgar en la herida. ¿Obligarla a firmar unas capitulaciones que asegurasen la paz? ¿Tomar rehenes en el seno de su propia familia, para que no volviera a las andadas? El rey se mordió el labio.

Seguía sin tener una respuesta definitiva.

Al fin y al cabo, la única alternativa tangible había sido destruida por su culpa. Mary Stuart, la reina católica de Escocia, había sido decapitada por conspirar contra Elizabeth. Ella era la única que hubiera podido esgrimir derechos sobre el trono inglés. La única que hubiera supuesto una solución en caso de victoria. Sin embargo ahora, sin una alternativa para la Corona de Inglaterra, todos los caminos parecían cortados.

Funesta perspectiva ofrece una batalla cuando hasta la victoria presenta mal cariz.

No obstante, ya solo podían huir hacia delante. Que Farnesio y Medina Sidonia culminasen aquella empresa de una vez por todas. Tal vez dejar en el trono a una Elizabeth derrotada fuera la mejor de las soluciones.

Sin darse cuenta, Felipe volvió a acariciar el relicario que colgaba de su cuello. El futuro era un abismo abierto ante sus pies. Solo allí, rodeado de los vestigios más sagrados de todos sus reinos, se sentía seguro.

Para eso había construido El Escorial. Aquellas paredes acogían ahora casi siete mil quinientas reliquias gracias al trabajo del gran Ambrosio de Morales, que ya debía de haber llegado a Compostela para ejecutar una última misión. La mayor concentración de santidad del mundo avalaba las empresas del rey. El fracaso, en consecuencia, era impensable.

Felipe fue recuperando la calma gracias al tacto de la cajita dorada.

Los vestigios sagrados guiaban su mano. Con ellos a su lado nada podía salir mal.

VII

COMPOSTELA, 1 DE MAYO DE 1588

—No me tratéis como a un extraño, tío.

Ambrosio se volvió para mirar por la ventana. No resistía la mirada de su sobrino, entre dolida y extrañada. Las paredes de la alcoba hacían reverberar los ecos de la conversación, acentuando la vibración de los silencios incómodos.

—Os ocupasteis de mi educación en Alcalá cuando no era más que un muchacho —insistió el prelado, con tono afable—. Compartisteis conmigo vuestra sabiduría, más valiosa para mí que todo el oro del Perú. El mismo magisterio que, años después, dedicasteis al medio hermano del rey. Querido tío..., me habéis tratado siempre como al mismísimo príncipe Juan. Estar a vuestro lado entonces es lo que me ha dado lo que hoy tengo. Todo lo que soy. No creeríais que iba a olvidarlo...

La calidez del hombre vestido de púrpura contrastaba con la aspereza del anciano. Era precisamente aquella actitud cariñosa la que acentuaba su desazón.

La misión que le había encargado el rey suponía una afrenta terrible hacia el señor de Compostela. Una auténtica infamia para los peregrinos y para la ciudad en sí. Por no mentar a los canónigos de la catedral, que aún lo maldecían entre dientes por lo que un día lejano había escrito sobre ellos.

Y ahora tenía que acuchillar por la espalda al que, en su memoria, seguía siendo el chiquillo aplicado que lo escuchaba arrebolado en su biblioteca de Alcalá.

—Debes comprenderlo, Juan... —se resistió, tratando de alzar una empalizada que a él mismo se le antojó de papel mojado—. Es un deber para mí el tratarte con el debido respeto, tanto en privado como en público. A tu persona, por descontado... Pero, sobre todo, a la dignidad que representas.

Harto de hablarle a su espalda, Sanclemente se colocó a su lado.

En silencio, se quedó mirando también a través del cristal que daba al *obradoiro*.

—Fijaos en todo eso, tío —musitó, al cabo de un rato—. Esa dignidad a la que aludís... En fin, no creo merecerla. Debo hacerme acreedor a ella, antes de nada. ¿Veis la decrepitud de esos tejados? ¿El lamentable aspecto de la propia catedral? Desde luego, el estado en que hallaréis esta ciudad no justifica esos honores que decís estar obligado a rendirme.

Ambrosio contempló el panorama. En efecto, a su sobrino no le faltaba razón.

Ya se había dado cuenta al atravesar la muralla de que los edificios estaban aún más deteriorados que la última vez. De hecho, la catedral se veía tan envejecida que parecía poco menos que una ruina. Al menos por fuera. Lo único que mostraba buena cara era el nuevo claustro, que se veía ya casi acabado a la derecha de la fachada.

Y, aun así, su lustre acentuaba la decadencia de los edificios contiguos.

—Solo llevas un año en la cátedra, Juan. No seas tan duro contigo mismo. Ese claustro está casi listo. Algo es algo, ¿no?

El arzobispo suspiró, meneando la cabeza.

—Es menester juzgar al arzobispo de Compostela, tío. No a la persona en sí, sino al cargo. Cuesta encontrar algún miembro del cabildo que en las últimas décadas haya justificado las rentas que el *Voto de Santiago* les ha reportado con tanta generosidad. Olvidan que muchas personas pasan auténticas penalidades para pagar el diezmo que los hace ricos. Vos mismo lo señalasteis hace quince años, al regresar de vuestro viaje.

El cronista asintió en silencio. El diagnóstico del arzobispo, en efecto, era tan certero como penoso. Ese era su sobrino. Un hombre crítico y exigente. Sobre todo, consigo mismo.

Aquellas palabras le recordaron las consecuencias de su famoso *Viage*.

Quince años atrás, Ambrosio había sido muy duro con todo lo que rodeaba a la supuesta sacralidad de Compostela. El *Voto de Santiago*, ese privilegio que los preladados de la ciudad habían reivindicado en todos los tribunales de justicia de Castilla, seguía resultándole un abuso injustificable. Dinero sucio apuntalando santidad. Así crecían las arcas de aquellos canónigos podridos de avaricia. Mercadeando indulgencias. Vendiendo al mejor postor la salvación de las almas. En momentos así, hasta lograba entender los sapos y culebras que vomitaban los herejes como Lutero.

Allá se iban las rentas del *Voto*: en ropajes bordados de oro, en muebles labrados para sus palacios y en prostitutas adolescentes que eran arrancadas del seno de las familias más humildes. O en jovencitos de buen porte.

Eso, ya según los gustos de cada uno.

Pero también era cierto que al arzobispo de Compostela le correspondía un tercio de aquel impuesto abusivo y arbitrario, imposible de justificar de forma razonada, pero, al mismo tiempo, fijado a fuego por todos los reyes de Castilla.

La ciudad sagrada era intocable por muchos motivos.

—No solo denuncié eso, Juan —rebatí al fin Ambrosio—. Esta catedral es un nido de usureros, como también dije entonces... Da igual que hayan pasado tres lustros y que mi denuncia tuviese eco en todas las audiencias de Castilla. Según veo, nada ha cambiado. —Al ver que el metropolitano seguía mirando por la ventana en silencio, el cronista continuó—: Ese códice, el *Calixtino*... Es una vergüenza que la Iglesia siga avalando semejante sarta de patrañas. ¿Y qué me dices de tener las supuestas reliquias del señor Santiago repartidas por todos los altares del templo, como un cerdo troceado en una carnicería? ¿Es que hay alguna explicación para semejante infamia, aparte de exprimir el bolsillo de los incautos que aquí llegan en busca de indulgencias?

Un silencio tenso sucedió a sus palabras.

Sanclemente apretó los labios. Aquellas tropelías se estaban cometiendo en su diócesis, sí. Y él era el primer escandalizado por ello. Pero de ahí a ponerles remedio... mediaba un abismo. Los canónigos vivían demasiado bien como para consentir reforma alguna. Y eran demasiado poderosos.

Ambos, tío y sobrino, permanecieron hombro con hombro observando la explanada con la frente arrugada. A su izquierda, decrepita y muda, se alzaba la gran fachada de la catedral. En su parte más baja podían verse las coloridas figuras del pórtico mayor, el que algunos llamaban «de la Gloria» y otros «de la Trinidad».

—Acepto todos esos argumentos, tío —aceptó al fin Sanclemente, aunque entre dientes—. Y también los del maestro Erasmo y los doctores que instan a la gente a quedarse en sus casas y auxiliar a sus vecinos en lugar de peregrinar hasta aquí, pero...

Al ver que se mantenía callado, Ambrosio se volvió hacia él. Difícilmente podía imaginar un argumento que pudiera suceder a ese «pero».

Con una ceja alzada, escrutó su gesto.

El prelado, indeciso, buscaba las palabras precisas.

—... pero ahora soy el señor de esta ciudad, y por lo tanto el custodio de las reliquias sagradas. —Una nube ensombreció la frente del arzobispo. *Siempre es así cuando un hombre sostiene una lucha contra sus entrañas*, se dijo el viejo licenciado—. Es mi deber defender este santuario, tío. A capa y espada, además, por mucho que al hacerlo tenga que sostener falsedades vergonzantes y leyendas sin fundamento. Y eso

haré, aunque suponga bregar contra mi propia conciencia. Aunque me vaya la vida en ello.

Ambrosio contuvo un escalofrío.

Aquel hombre estaba manifestando su intención de prolongar una situación insostenible bajo un pretexto trillado. Se sentía responsable de seguir proporcionando una esperanza, aunque basada en mentiras, a los peregrinos que allí acudían desde todos los rincones de Europa. Lo que muchos otros habían hecho en su lugar antes que él.

Hubiera podido tumbar su frágil resistencia con una argumentación sencilla, pero la culpabilidad le selló los labios. No podía obviar que él también estaba allí en virtud de una mera superstición. La de un monarca, sí, pero eso era. Por culpa de una leyenda.

Sumido en tinieblas, el licenciado se quedó callado. La conversación estaba acentuando su pesimismo inicial. Ahora le veía menos sentido, incluso, a la maniobra del rey. ¿Había creído, acaso, que nombrando arzobispo a su sobrino iba a ponérselo más fácil? ¿Había dado por hecho que le dejaría llevarse la reliquia a El Escorial así, sin más?

Definitivamente, la lógica del rey se antojaba cada vez más descabellada.

Al no tener la reliquia más sagrada de la cristiandad, aquel arzobispado perdería el sentido de su existencia. Y con él, todo el cabildo. De hecho, la ciudad entera estaría condenada a languidecer, privada de su razón de ser, hasta difuminarse en la niebla del olvido. No habría más peregrinos ni más riqueza. No habría ya motivo alguno para caminar hasta allí desde todas las esquinas del continente.

Ni más *Voto de Santiago*, por lo tanto.

La opulencia de toda la ciudad habría sido cercenada de la noche a la mañana. Y eso, como era obvio, no iba a ser un mero trámite sin consecuencias. Había conocido obstáculos en su trayectoria como delegado del rey, pero ni una algazara de campesinos soliviantados ni los malos humos de ningún abad se podían comparar con la furia de los canónigos compostelanos cuando viesan tambalear su riqueza. Lo sabía bien. Había pasado tres lustros sufriendo su ira desde la distancia.

Sin apartar la vista de la gran explanada, el licenciado meneó la cabeza.

Cruel capricho del destino, ser enviado a ese lugar para arrancarle el alma a aquel que había visto crecer en su propia casa. Y, sin embargo, aquello era exactamente lo que tenía por delante. Con el corazón encogido, le pareció que las últimas palabras empleadas por su sobrino flotaban en el aire como el preludio de un cataclismo inevitable. De una colisión apocalíptica donde solo podía quedar en pie uno de los dos.

El propio Juan acababa de profetizarlo.

—Eso haré —había sentenciado—. Aunque me vaya la vida en ello.

VIII

COMPOSTELA, 1 DE MAYO DE 1588

—¿Por qué no nos ha dicho que el obispo es su sobrino?

Mundo ni siquiera se había sentado. Con Cándido acostado al fin en un jergón, sudoroso y pálido, el impetuoso joven no había parado de dar vueltas como un dragón amarrado a una estaca.

Los ecos de sus preguntas parecían reforzar su desasosiego.

—¿Crees que el maestro nos estará ocultando más cosas?

Estaban solos. Formoso había aplicado sus mejores remedios con el convaleciente y le había recetado reposo. Los útiles de Ambrosio ya estaban ordenados en su cámara, y ellos se habían instalado en un cubículo contiguo al gran dormitorio de los peregrinos.

Una enorme estancia que, para su sorpresa, hallaron vacía.

—¿Y qué estarán hablando ahí arriba con tanto secreto?

El desconcierto inicial había ido derivando en desconfianza.

—Tranquilízate. —Cándido se giró trabajosamente hacia él—. Debemos confiar en el maestro. Nunca nos ha fallado.

Mundo se recompuso al oír la voz fatigada de su compañero. Ofuscado por su propia falta de tacto, se acercó al camastro con gesto culpable y le dio a beber la infusión de milenrama que les había llevado el boticario.

—Ya verás cómo mañana estás bien —le sonrió, arropándolo con cuidado—. Igual que las otras veces.

Cándido cerró los ojos. El camino lo había dejado exhausto.

Entonces, alguien llamó a la puerta. Los dos se miraron con gesto de sorpresa. Acababan de instalarse. Ni siquiera conocían a nadie allí.

—Adelante —contestó Mundo, alzando la voz.

Ante la mirada alarmada de Cándido, se encogió de hombros. «¿Qué otra cosa íbamos a hacer?», sugería su expresión, entre culpable y divertida.

La puerta se abrió, y por ella asomó uno de los ayudantes de Formoso. El convaleciente respiró, aliviado. Por lo visto, venían a ver cómo evolucionaba. Sin embargo, pronto volvió a ponerse en guardia.

El gesto contrito del oficial de botica no auguraba precisamente una consulta rutinaria.

—Señores... Yo... Vuestro maestro tiene visita. No me he atrevido a importunarlos... Él está ahora con...

Sus balbuceos les hicieron torcer el gesto.

¿Visita? No tenía sentido que visita alguna reclamase a Ambrosio. Su llegada a la ciudad no había sido anunciada.

No tuvieron tiempo ni para responder. El especiero, que seguía con su actitud indecisa en el umbral, tuvo que hacerse a un lado ante el ímpetu del visitante en cuestión, que irrumpió desde atrás sin contemplaciones.

Entonces, los dos muchachos se quedaron con la boca abierta.

—Es un honor conocer a los discípulos del mayor sabio de estos reinos —saludó al entrar, con voz burlona, una mujer de presencia deslumbrante.

El boticario clavó la vista en el suelo, avergonzado. Mundo y Cándido cruzaron una mirada de asombro, y sin tan siquiera incorporarse correspondieron al saludo bajando la cabeza.

No habían visto nunca antes a aquella dama, pero su peculiar aspecto permitía deducir su identidad. Su fama la precedía en todas las villas del camino. Los peregrinos brindaban por ella, borrachos, proclamando sus lujuriosas intenciones a los cuatro vientos para cuando llegasen a Compostela. Y eso hacía más desconcertante aún su presencia en el hospital; sobre todo si el motivo no era otro que reclamar la atención del ilustre licenciado Morales.

Plantada en mitad de su alcoba, con un porte resplandeciente y aquel inconfundible cabello, tan encrespado que casi rozaba los techos, la mujer a la que todos conocían como «la Crecha» les sonreía con descaro.

Confiada, la mujer observó a los dos pipiolos que componían el séquito del insigne erudito. Ellos tragaron saliva y se miraron con los ojos como platos, incapaces de reaccionar.

Era ella, sí. La Crecha en persona.

La mayor prostituta de Compostela.

IX

COMPOSTELA, 1 DE MAYO DE 1588

—Jamás podrá constituir traición una verdad transparente —masculló el licenciado.

Ambrosio seguía contemplando la explanada desde su ventana.

Tras él, su sobrino le daba a la cabeza con frustración. Los argumentos de uno y otro se repelían como el agua y el aceite en cuanto entraban en colisión. La conmovedora declaración de intenciones que evocaba la infancia en Alcalá se había ido encaminando hacia un callejón sin salida.

—Por el amor de Dios, Juan, si la lápida del sepulcro supuestamente sagrado es la de un mercader romano... —siguió el cronista, en un tono cada vez más huraño—. Un gentil, nada más. Y osáis asegurar que una tumba así guarda la reliquia de un apóstol. ¡De un discípulo de Cristo! ¡Su primo hermano, nada menos!

Sanclemente tomó aire.

Ya sabía que la sepultura adjudicada ochocientos años atrás al señor Santiago —al Iacob que había acompañado a Jesús, al más querido de todos los apóstoles— presentaba, en realidad, una inscripción profana en su laude.

—Todo es una invención —siguió Ambrosio, con tono crispado—. Eligieron a Iacobus porque nunca se supo dónde había sido enterrado. Aprovecharon el hallazgo de una tumba antigua para inventarse ese cuento, por estrafalario que fuese. Y está bien claro por qué lo hicieron. Los infieles tenían cercado el pequeño reino cristiano de entonces en el norte de la Iberia. Si los reinos europeos enviaban a miles de peregrinos hacia aquí, podrían afianzar el territorio contra los invasores. Esa fue su intención al principio. Después, todo degeneró. —El arzobispo se mordió el labio. De aquellas trampas provenía en parte la decadencia que acusaba la peregrinación, en efecto. Y también de la irrupción de la reforma luterana en media Europa—. Antes mencionaste a Erasmo, Juan... Hago más sus palabras cuando dijo que había que quemar el *Codex Calixtinus* página a página. Y también

suscribo sus recomendaciones: más valiera que los romeros dedicasen todo lo que se van a gastar en el camino a ayudar a sus vecinos más necesitados. O a sus propias familias.

Sanclemente se giró hacia él con gesto fatigado.

—Incluso llegasteis a hacer vuestras las palabras del gran hereje, tío. Eso de que aquí no debe estar enterrado nada más que un caballo, o un perro —indicó, señalando con el mentón a la catedral—. Y no os culpo por ello, bien lo sabéis. Sin embargo...

Ambrosio cruzó los brazos sobre el pecho.

La alusión a Lutero le había dolido. Se había arrepentido muchas veces de haber manifestado su acuerdo con él respecto a la tumba del apóstol. Y no porque la afirmación fuese falsa, sino por lo que aquello implicaba para su rey. La política exterior de Felipe, al margen de la conquista de Indias, se había centrado en combatir la herejía protestante. Y el eje principal de ese movimiento lo constituían las tesis de aquel hombre. Lutero.

—Soy incapaz de negar la evidencia, Juan —rebatíó ahora Ambrosio, con voz grave—. Pero en eso admito estar arrepentido. Jamás avalaré de nuevo las palabras de un hereje. Pero tampoco me pidas que apruebe el despropósito que supone aceptar que aquí reposa un apóstol de Cristo. Ni las consecuencias que de ello se derivan.

El arzobispo se quedó mirando por la ventana con gesto atormentado.

—Conozco bien todos esos desmanes, tío. Y, como os dije antes, creo que la actitud negligente de mis predecesores ha facilitado que cundiese el pecado donde debiera haber reinado la santidad. —Tras otra pausa, Sanclemente tomó aire profundamente—. Sabéis bien que no soy ningún fanático dispuesto a defender a ultranza la autenticidad de esas reliquias. Y acepto la evidencia de que el apóstol nunca pudo llegar aquí, ni vivo ni muerto... No obstante...

Ambrosio lo observó con curiosidad.

De nuevo, difícilmente podía imaginar un argumento a favor de aquel negocio edificado sobre la inmundicia, salvo que fuese el mismo de siempre: que el arzobispo y todos sus canónigos vivían como reyes gracias, precisamente, a esas mentiras pestilentes.

Tras unos segundos de duda, el metropolitano continuó al fin.

—... no obstante, debo defender a los que vienen aquí buscando consuelo. A los que se sacrifican y rezan durante todo el camino por el perdón de sus pecados, o por agradecer la curación de una enfermedad. Es en ellos en quienes pienso, tío. En los inocentes que no tienen culpa de nada. ¿Qué será de ellos si el propio arzobispo de Compostela les da la espalda?

El cronista apretó la mandíbula.

Estaba claro que el prelado llevaba tiempo lidiando contra su conciencia. Cambiar la realidad era demasiado difícil, y aquella escapatoria ofrecía un aspecto viable. No era tan sólida como las tesis de Erasmo pero sí solvente, al menos, como para resistir en el cargo sin sucumbir a la presión de su propia conciencia.

Ambrosio asintió en silencio.

La postura que había decidido adoptar su sobrino estaba avalada por el pensamiento de un hombre sabio. Esas eran las ideas de Íñigo López, él las conocía bien. De hecho, había tenido ocasión de discutir las con su autor cara a cara en los tiempos en los que aquel hombre había fundado el movimiento que ahora todos daban en llamar «Compañía de Jesús.»

Carraspeó para ganar tiempo. Era un asunto complicado.

—Ignacio de Loyola en persona trató de convencerme de la intención pía de ese engaño, Juan. —Cuando al fin respondió, había un deje de decepción en su voz—. Sin embargo, te digo a ti lo mismo que en su día le dije a él: si el consuelo que le vamos a proporcionar a la gente proviene de una mentira... ¿qué somos? Por doquier proliferan las romerías para pedir a este santo o a aquel otro que cure la tiña de los ofrecidos, o la rabia. O que los proteja de la peste, o de cualquier plaga bíblica. Los incautos van de rodillas, desollándose la piel, o metidos en ataúdes. Hasta ahí llega la ceguera colectiva. —Aunque conturbado por la dureza de esas palabras, el arzobispo mantuvo la frente alta. No podía bajar la cabeza ante aquella lógica, por demoledora que fuera. Al percibir su turbación, el licenciado prosiguió con un tono más conciliador—: Bien, podríamos aceptar esas situaciones a cambio de la bocanada de esperanza que aportan a esas vidas miserables. Al fin y al cabo, esas peregrinaciones no duran más que un día, y después la gente se vuelve a sus casas, a dormir con los suyos y a trabajar para ganarse la vida. Hasta podríamos aceptar que sustituyan en su devoción al único y verdadero Dios por santos menores... Pero la protección que esa pobre gente busca depende siempre de las limosnas y donativos que entreguen, no lo olvides. La Iglesia sigue enriqueciéndose gracias a su desesperación. ¡A su candidez y a su necesidad! ¿Hay, acaso, negocio más rastrero?

Sanclemente desvió la mirada.

También quienes acudían a Compostela en busca de la indulgencia plenaria tenían que aflojar la bolsa. Esa era la extravagancia más espinosa de todas las que rodeaban al fenómeno de la peregrinación, y eso que las restantes no eran pocas ni triviales. Quince años después, su viejo tío volvía a proclamar que todo aquello suponía una ver-

güenza para la auténtica fe. Que aquella avaricia era lo que había provocado el surgimiento del movimiento protestante.

Las opiniones del brillante licenciado, publicadas entonces, habían levantado unas ampollas en la piel del cabildo compostelano que aún escocían. Y él, el arzobispo, estaba ahora entre la espada y la pared. Entre los canónigos que le profesaban un odio mortal al sabio castellano y el propio autor de esas afirmaciones apocalípticas. El hombre que lo había criado cuando era niño y que ahora, por algún misterioso motivo, estaba de vuelta en la ciudad sagrada. No podía imaginar con qué fin había viajado Ambrosio a Compostela, pero una cosa sí estaba clara: su presencia allí iba a traer problemas.

Por eso había decidido anticiparse. No sabía por qué había regresado ahora, después de haber dejado tras de sí un panorama devastado tantos años atrás. Ni entendía que hubiera estado esperando tanto tiempo para hacerlo.

Precisamente, a que lo nombraran a él arzobispo.

—Ya os he dicho cuál va a ser mi actitud ante la responsabilidad que ahora debo asumir, querido tío... A eso mismo he venido aquí, a este Hospital Real, en cuanto supe de vuestra llegada. Sospecho que de nada me va a servir suplicar vuestra colaboración, pues entiendo que habéis venido a continuar con lo que empezasteis hace quince años... ¿No es así?

Ambrosio se giró de nuevo hacia la gran explanada buscando un escondite, pero el silencio es un refugio precario para quien trata de atenuar su propia mentira.

El encargo del rey martilleaba su conciencia. Lo habían enviado para confiscar lo más sagrado que tenía aquella gente, aunque la supuesta sacralidad de esos vestigios no fuera más que una estafa. Tal vez la más grande mentira de todos los tiempos. Y eso lo complicaba todo. Meneó la cabeza. Tenía que ser precisamente allí, se lamentó. En la ciudad donde había vivido las horas más amargas de toda su vida. Y para rematarlo, su propio sobrino, a quien él mismo había visto crecer entre libros y juegos, decidía salirle al paso para anticiparse a sus actos. Se volvió hacia él, dispuesto a mentir.

Que iba a tener que apuñalarlo por la espalda era algo que había asumido desde el mismo instante en que el rey le había encomendado esa misión. Estaba dispuesto a afirmar que había regresado para exigir que cesase aquella inmensa mentira. Que esa estafa llamada *Voto de Santiago* debía ser revocada, y que el *Codex Calixtinus* tenía que ser destruido. Lo mismo que ya había sostenido tres lustros atrás.

Aquella era la mentira con la que había decidido justificar su presencia en la ciudad. Una versión que podía despertar las iras más fu-

ribundas de sus enemigos, pero que al menos era creíble. Y menos peligrosa que la auténtica razón de su visita, desde luego.

Se dispuso a esgrimirla, pero las palabras no terminaron de aflorar de sus labios.

Justo cuando abría la boca, unos toques inesperados en la puerta hicieron que los dos mirasen hacia allí, sorprendidos.

Mundo asomó por la rendija con gesto culpable.

—Maestro, yo... —Ambrosio alzó una ceja, extrañado. Era insólito ver azorado a aquel muchacho. Por un instante, temió por Cándido—. Esto... Habéis recibido una visita... Como le dije que no estabais disponible, me pidió que os entregase esta nota.

El maestro, cada vez más extrañado, recibió el papel de manos de su discípulo. Lo leyó rápido; no eran más que unas líneas.

Al ver cómo se demudaba la tez del licenciado, el arzobispo le dedicó una mirada rápida al muchacho, que seguía allí con gesto atolondrado. Mundo, que también había percibido la reacción de Ambrosio, le devolvió una negación muda, encogiéndose de hombros. Después, al poner la vista en el viejo erudito, los dos se quedaron aliento.

El contenido de aquella misiva tenía que ser demoledor.

El gran Ambrosio estaba ahora pálido como un cadáver.

X

«Al ilustre licenciado Morales

Honorable señor:

Al parecer del personal de este Hospital Real no soy digna de ser recibida por vos. En fin, no puedo decir que me sorprenda, aunque creía que en un lugar así hasta una cortesana tendría derecho a solicitar audiencia.

Me han permitido garabatear estas líneas, aunque diría que arden en deseos de enseñarme la salida. Y con menos tacto del que merecería una dama, por cierto.

Debo citaros, pues, en mi casa. Ya sabéis dónde es; no os separan más de ella más que un ciento de pasos. A buen seguro estaréis interesado en conocer la verdad de lo que sucedió hace quince años en este lugar. Sus estancias aún contienen el aroma de vuestra pasión.

Sí, mi señor. Conozco vuestro secreto.

Recordad que, en vuestra precipitada huida, ni siquiera comprobasteis que las cosas fuesen lo que aparentaban. Y tal vez no lo fueran, caballero. Creedme; yo puedo iluminar vuestro camino.

Allí estaré, aguardando vuestra visita.

Siempre a vuestros pies

Magdalena de Alba».

XI

HOSPITAL REAL, 2 DE MAYO DE 1588

Ambrosio amaneció con los nervios de punta.

La carta había devastado su ánimo. Tras leerla había despachado a Mundo y a Sanclemente con un apremio enloquecido, y aún se sorprendía de haber sido capaz de hacerlo. Tanto el uno como el otro aceptaron sin chistar al verlo así, balbuciente y aturdido.

El mensaje de la Crecha lo condenó a una interminable noche en vela. ¿Cómo iba a ser posible que aquella mujer le escribiese, si estaba muerta? Él mismo había visto pasar el ataúd ante sus ojos.

Una y mil veces releyó las líneas que ese fantasma del pasado había redactado. El nombre era el mismo, sí, pero la firma no correspondía. Y mucho menos el tono de su mensaje. Magdalena lo había amado con locura, igual que él a ella. Jamás se hubiera dirigido a él con aquella frialdad casi burlona. Y así, entre retales de una pesadilla inesperada, la madrugada fue dejando paso al amanecer.

Bajo la luz grisácea del alba, unos toques amortiguados le hicieron dar un respingo.

—Maestro... —A través de un resquicio de la puerta asomó Cándido, temeroso—. ¿Me habéis hecho llamar?

Ambrosio asintió en silencio, cabizbajo.

Sobrepasado por el pavor y el aturdimiento, había pensado que tal vez el muchacho pudiera ayudarlo a descifrar ese misterio macabro. Al fin y al cabo, él estaba junto a Mundo cuando aquella mujer se presentó sin avisar.

—Pasa, pasa... —le dijo—. Siéntate aquí.

El aspecto del muchacho apenas había mejorado. Aun así, el licenciado empezó a interrogarlo sin perder un segundo. Necesitaba conocer todos los detalles.

—Es una mujer muy hermosa, maestro —confirmó Cándido, desconcertado ante la ansiedad que desprendía el anciano—. Con una gran cabellera rizada, sí.

El pulso de Ambrosio se desbocó. La descripción coincidía, pero no podía ser. La Magdalena que él había conocido llevaba quince años muerta.

—El propio Mundo me dijo en cuanto ella se fue —siguió el muchacho— que jamás había visto a una joven tan bella.

El cronista se quedó petrificado.

¿«Joven»? Si Magdalena estuviera viva, rondaría los cincuenta años... Unos muchachos que no llegaban a los veinte no la considerarían una «joven», eso seguro.

—¿Qué edad crees que tendrá esa mujer? —preguntó.

Cándido se echó hacia atrás, pensativo.

Cada vez entendía menos aquel interrogatorio.

—Unos... treinta a lo sumo, maestro.

Ambrosio desvió la mirada para disimular un gesto de dolor.

Definitivamente, no podía ser ella. Aquel supuesto fantasma del pasado había reavivado unas ascuas moribundas durante tres lustros, pero había sido en vano. Aquella Magdalena de Alba no era su amada, ya estaba claro. Tal vez tuviera el mismo nombre que ella, y tras su mensaje se intuyese un incomprendible conocimiento sobre lo que había sucedido en esos días nefastos, pero no era posible. Había llegado a creer que un milagro así podría darse. Había llegado a anhelarlo, de hecho. Que tal vez en ese ataúd no hubiera nadie y que, por alguna inexplicable pirueta del destino, pudiera volver a verla. A abrazarla.

Sin embargo, ahora estaba claro que todo había sido una ilusión vana. Un espejismo cruel que planteaba nuevos misterios, incluso más aterradores que la verdad antigua.

¿Quién era aquella mujer, y por qué estaba al tanto de todo?

¿Cómo explicar el sobrecogedor regreso de aquel secreto olvidado?

Mientras Cándido regresaba a su cuarto las incógnitas revoloteaban a su alrededor.

El maestro estaba más alterado de lo que jamás lo había visto antes, y todo por causa de aquella mujer, la famosa Crecha de Compostela. La cortesana más famosa de la ciudad sagrada. Nada tenía sentido, pero es que, además, Ambrosio no era el único que se había quedado al borde del colapso por la irrupción de Magdalena.

El muchacho volvió en sí al verse ante la puerta de su alcoba.

Allí dentro, encandilado hasta las trancas, estaba el otro.

XII

HOSPITAL REAL DE SANTIAGO, 4 DE MAYO DE 1588

—Entre todas las mentiras, Cándido, solo hay una que jamás será desnudada.

Tres días más tarde, el maestro había recobrado su aplomo habitual.

La nota que le había enviado aquella mujer seguía bombardeando su ánimo, pero había decidido hacer todo lo posible por ignorarla. Y, aunque a duras penas, lo estaba logrando. Lo que tenía entre manos era demasiado importante como para dejarse distraer por misterios inexplicables.

El muchacho asintió, pensativo.

—Aquella que los propios engañados anhelan creer —convino el muchacho, con gesto de circunstancias.

Ambrosio le correspondió con un ademán resignado y se centró de nuevo en el texto.

Cándido se quedó observándolo de reojo. Llevaba un buen rato ya junto a él, comentando el ejemplar de la *Historia Compostelana* que el maestro se había traído a su cuarto junto con otros papelotes. Tras varios días bajo las atenciones de Formoso, el joven ya estaba casi recuperado. Por eso se había incorporado al ver aparecer al maestro con un fajo de documentos bajo el brazo.

Ambrosio había enviado a Mundo al palacio episcopal con un recado, y ahora le explicaba a su otro discípulo los fundamentos legales que iban a tener que manejar, aunque para los muchachos lo que habían ido a hacer allí fuese una incógnita.

—Difundir mentiras a propio intento y hacer que todos las acepten sin cuestionarlas —soltó Cándido—. En eso consiste el dogmatismo... ¿No, maestro?

El licenciado reprimió una sonrisa.

La lucidez de ese joven de naturaleza frágil nunca le decepcionaba. Aquel era el motivo por el que se había empeñado en acogerlo bajo su magisterio, aún contra el criterio de su familia.

Una recua de meapilas que no dejaban de rezar ni de día ni de noche.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver, hijo mío— contestó Ambrosio, sin apartar la vista de los papeles.

Cándido sonrió como respuesta, pero al momento se puso serio. El cronista desplegaba un documento con gesto ausente. Mil ideas relampagueaban detrás de sus pupilas.

Ambrosio fijó el pergamino y cruzó los brazos sobre el pecho. Después tomó aire, y le echó una mirada a su discípulo con cierto pesar. No en vano, el muchacho seguía en tinieblas. Ni Mundo ni él podían saber lo que en realidad habían ido a hacer a Compostela. No era justo, pero no tenía alternativa. Iba a tener que morderse la lengua una vez más. Aquel secreto debía permanecer entre él y el rey mientras no estuviera todo encarrilado.

Era mejor que no supieran nada. Que siguieran creyendo que ese era un viaje más, destinado a recopilar datos y establecer descripciones. Al estilo de los otros que habían compartido ya. Bastante peligroso era ya todo aquello como para airear determinados secretos con una anticipación innecesaria.

—¿Qué es este documento, maestro? —preguntó Cándido, escrutando el papel.

—Una copia del *Voto de Santiago* —contestó Ambrosio.

El muchacho abrió mucho los ojos.

El maestro le había hablado de aquel documento. En él se estipulaba que todos los vasallos de Castilla, fueran plebeyos o señores, tenían que destinar una buena parte de todas sus ganancias a la catedral de Compostela. De ahí, recordó, provenía la inmensa riqueza del señor de la ciudad.

Y la de sus canónigos.

—Lee, y dime qué ves —indicó el licenciado.

Cándido entrecerró los ojos y empezó a descifrar trabajosamente una línea tras otra. En las primeras, un rey llamado Ramiro refería una batalla contra los sarracenos que había tenido lugar cerca de Albelda, una villa de Nájera. En concreto, en un collado llamado Clavijo.

El monarca relataba que antes de afrontar el combate, sin apenas esperanzas, se le había aparecido en sueños el apóstol Santiago sobre un corcel blanco para indicarle que él los había de guiar en la batalla contra el infiel.

Después, el propio rey narraba cómo el sueño se había hecho realidad. El mismísimo apóstol se había dedicado a matar musulmanes con su propia espada en el campo de batalla.

El muchacho se volvió hacia el maestro con gesto de escepticismo, y Ambrosio se encogió de hombros. En efecto, sobre aquella fantasía infantil se había edificado un negocio que seguía oprimiendo centurias después a cada familia del reino. Por muy necesitados que estuvieran, por mucho frío o hambre que pasasen sus hijos o sus ancianos, todos tenían que pagar religiosamente. «*Nunca mejor dicho*», sugería su sonrisa cargada de amargura. Por mucho que no tuvieran ni para costearse las atenciones de un médico o ante la agonía de un bebé, así era.

Ese impuesto estrafulario seguía, siglos después, en pleno vigor.

—Las joyas de oro no son baratas, Cándido. Ni las prostitutas de lujo.

El muchacho negó con la cabeza. Después frunció el entrecejo, haciendo memoria. Acababa de recordar una estafa similar a aquella. Otro documento que los canónigos compostelanos habían falsificado en beneficio propio.

—Aquello que me contasteis sobre la bula del Año Santo, maestro..., es un poco lo mismo, ¿no?

Ambrosio asintió. La dispensa papal que concedía la celebración de un Año Jubilar cada vez que el día de Santiago caía en domingo también era una falsificación. Bien elaborada, pero evidente ante sus ojos. Tan falsa como lucrativa, eso sí. El río de fieles que desbordaba la ciudad en los años señalados disparaba los ingresos del cabildo catedralicio en concepto de limosnas y ofrendas.

—El Vaticano está muy lejos, Cándido... Para ejecutar una infamia así solo hace falta un buen escribano... y una ambición desmedida. Al fin y al cabo, para cuando se descubren este tipo de engaños ya a nadie suele convenir el desvelarlas.

—Todos salen ganando. —El muchacho entrecerró los ojos.

Aquella sucesión de falsedades sobrepasaba cualquier perfidia imaginable.

—Más bien, nadie sale perdiendo —contestó Ambrosio, trayéndolo de vuelta. Ante la expresión desolada del muchacho, el maestro esbozó una sonrisa de circunstancias—. Hasta los propios engañados defienden estas mentiras, no lo olvides. Y no oses contravenirlos, o sufrirás su furia. Pero sigue, sigue leyendo. En voz alta, desde donde estabas. Era la cláusula veintitrés, ¿me equivoco?

Cándido volvió a centrarse en el *Voto* y empezó a silabear.

«XXIII.- Teniendo, pues, en cuenta, después de la inesperada victoria, este tan gran milagro del apóstol, pensamos establecer para nuestro patrono y protector, el muy bienaventurado Santiago, algún don que durase por siempre. De consiguiente ordenamos por toda España, e hicimos voto, que se ha de guardar en todas las partes de

España, que Dios nos conceda librar de los sarracenos por la intercesión del apóstol Santiago, de pagar perpetuamente cada año, a manera de primicias, de cada yugada de tierra una medida de la mejor mies, y lo mismo del vino, para el mantenimiento de los canónigos que residen en la iglesia del bienaventurado Santiago y para los ministros de la misma iglesia.

XXV.- Nosotros, todos los cristianos de España, hemos prometido con juramento dar cada año a la iglesia del bienaventurado Santiago todos estos donativos, votos y ofrendas que arriba se indican, y así tenemos canónicamente determinado que se observe perpetuamente por nosotros y nuestros descendientes».¹

El muchacho volvió a alzar la vista, escandalizado.

Aquel rey establecía a perpetuidad un impuesto que el arzobispo debía recibir y administrar. Así, para siempre. Sin importar lo que pudiera suceder en el futuro.

—¿Y si alguien lo incumpliese, maestro?

Ambrosio esbozó una sonrisa desdeñosa y su memoria voló a otra época.

Quince años antes, al examinar el archivo de la catedral en busca de datos sobre las reliquias sagradas, había descubierto que esos estantes estaban atestados de pleitos contra el *Voto*. De hecho, allí había poco más que querellas contra el cabildo. Señoríos, burgos y obispados habían denunciado aquel abuso ante los tribunales durante cientos de años en vano. En todos los casos había ganado la sede compostelana, para mayor gloria de sus arzobispos y sus diáconos.

—Al incauto que no pague, hijo mío, nada le espera sino la cárcel... o algo peor. En la cláusula veintiocho está explicado.

Conteniendo el aliento, Cándido regresó al papel.

«XXVIII.- Y si alguno de nuestra familia o de otras llegase a quebrantar este nuestro testamento o no ayudase a cumplirlo, cualquiera que ese fuese, clérigo o seglar, sea para siempre condenado al infierno con Judas el traidor y Datán y Abirón, a quienes vivos tragó la tierra; y sus hijos queden huérfanos, y su mujer, viuda; y que su reino temporal lo posea otro; y sea privado de la comunión del Cuerpo y de la sangre de Cristo; y, finalmente, no entre jamás en la participación del reino eterno. Además, pague a cada una por mitad seis mil libras de plata a la regia majestad y a la iglesia del biena-

¹ *Texto real del Voto de Santiago (adaptado del castellano de la época).*

venturado Santiago. Y que esta escritura quede en vigor para siempre. Del mismo modo, nosotros los arzobispos, obispos y abades, que por merced divina vimos con nuestros propios ojos aquel mismo milagro, que nuestro Señor Jesucristo, por mediación de su apóstol Santiago, se dignó mostrar a su siervo, nuestro ilustre rey Ramiro, confirmamos a perpetuidad el citado hecho de donación y voto del mismo rey, nuestro y de todos los cristianos de España, y sancionamos canónicamente su observancia.

XXIX.-Y si alguno llegare a quebrantar esta escritura y voto de la iglesia del bienaventurado Santiago o se negase a pagarlo, cualquiera que él fuese, rey o príncipe, plebeyo, clérigo o seglar, le maldicimos y excomulgamos, condenándole a ser atormentado por siempre jamás en el infierno con Judas el traidor. Hagan esto mismo con devoción todos nuestros sucesores arzobispos y obispos. Y si no quieren, queden condenados por autoridad del omnipotente Dios Padre e Hijo y Espíritu Santo y por la nuestra; y queden ligados con excomunión y deudores del poder que Dios les entregó.

XXX.- Fue hecha esta escritura de votos, donación y ofrenda en la ciudad de Calahorra en el señalado día 8 de las Calendas de junio, era 872».

—¿Qué fecha es esta, maestro?

—Según mis cálculos, mayo del año 834.

Cándido hizo un recuento mental y abrió la boca, asombrado.

Habían pasado más de siete siglos y medio.

—¿Todo ese tiempo ha estado el cabildo compostelano cobrando ese arancel? —preguntó—. ¿Y siguen?

El cronista asintió con gesto cansado.

—Año tras año, querido Cándido. Año tras año.

El muchacho volvió al documento con la piel erizada. El resto de cláusulas referían la firma del rey Ramiro, de su esposa e hijo, y de un montón de obispos que figuraban como testigos.

—Pero... ¿cómo es posible que tanto tiempo después siga en vigor semejante tropelía? —Cándido meneó la cabeza, incrédulo—. ¿Es que ningún rey lo ha sabido después? ¿Cómo es que ninguno se ha molestado en revocar tamaño abuso sobre sus vasallos?

El maestro se recostó contra el respaldo.

Aquel muchacho era brillante, desde luego, pero a veces hacía honor a su nombre.

Los primeros reyes cristianos, en lucha contra las huestes musulmanas, habían sido los primeros interesados en afianzar aquel tránsito

de píos caminantes. Miles de romeros, provenientes de todos los reinos de Europa, comenzaron a peregrinar hacia los confines del *Finis Terrae*. Los reinos peninsulares se garantizaban así el apoyo de los monarcas de toda la cristiandad, obligados a defender a sus vasallos en su peregrinaje. Gracias a ello, afianzaban así el territorio contra el invasor.

Una jugada maestra, pionera en la política mundial.

—¿Suprimir el *Voto*, mi joven amigo? ¿Y ganarse la enemistad del poderosísimo cabildo de Compostela y de su arzobispo? —Ante la expresión escéptica de Ambrosio, el muchacho se sintió avergonzado—. No, Cándido. Los mismos Reyes Católicos refrendaron la autenticidad de este documento hace noventa años, a sabiendas de que era una falsificación. Y lo hicieron sin dudar por mucho que el tal Ramiro, aun en el caso de haber existido, jamás hubiera ostentado una potestad tan desproporcionada... ¿Colocar un yugo eterno sobre las nuca de los castellanos? Es impensable, pero...

Ahí, el muchacho alzó las cejas.

Algo no encajaba. Habían pasado casi cien años desde que los bisabuelos del rey Felipe visitasen Compostela, pero él conocía los hechos acaecidos en aquel entonces. El maestro se los había narrado con todo lujo de detalles, y él jamás olvidaba una buena historia.

—Pero erigieron este hospital bajo las narices del arzobispo, ¿no? Quiero decir..., ¿por qué beneficiar después a Fonseca, si nada le debían?

El maestro hizo crujir los dedos.

—Sellar un acuerdo con un enemigo no implica que te fíes de él, hijo mío... Isabel y Fernando erigieron este hospital como recordatorio de lo que le podía suceder a Fonseca si los traicionaba. Este es el símbolo de su poder en la ciudad, ciertamente... Y una amenaza implícita a sus enemigos. —El maestro cogió aire—. Pero el *Voto*... Eso cumple otra función. Sabían que apoyar lo que propicia su riqueza les canjearía para siempre la fidelidad del arzobispo. Justo lo que necesitaban para afianzarse en el trono cuando aún el suelo temblaba bajo sus pies. Ese trono, recuerda, se lo habían usurpado a la auténtica reina. A doña Juana, a la que hicieron pasar a los anales con el burdo sobrenombre de «la Beltraneja». Como te digo, en ese momento necesitaban aliados poderosos. Y Fonseca lo era.

Los dos retornaron al pergamino.

Cándido seguía sin poder creer que algo así siguiese vigente, pero empezaba a entrever los oscuros mimbres que habían propiciado que aquella pantomima se perpetuase de forma indefinida.

Se dispuso a seguir descifrando el texto, pero cuando se inclinaba otra vez sobre el *Voto* un ruido de goznes a sus espaldas llamó su aten-

ción. Al mirar hacia la puerta, los dos vieron cómo Mundo entraba en la alcoba con gesto alterado. El maestro arrugó la frente. De nuevo, el aguerrido muchacho parecía perturbado al atravesar su dintel.

No era normal en él. Más aún, era insólito.

—¿Cómo fue, Segismundo? —le preguntó.

—Eeh... Todo bien, maestro... El arzobispo dice que podéis examinar las reliquias a vuestro antojo... Y que el reliquero de la catedral está a vuestra disposición.

Aunque satisfecho, Ambrosio se quedó observando al muchacho con el ánimo destemplado. Una sospecha indeterminada nublaba ahora el horizonte. Podía imaginarse fácilmente que Sanclemente había tenido que imponerse ante la furia de su cabildo para concederle aquel permiso. Casi podía oír los gritos airados de sus canónigos.

Traicionar a su sobrino seguía resultándole el trago más amargo de todo lo que tenía entre manos. No obstante, no había más remedio. El hombre más poderoso del mundo, se repitió una vez más, le había encomendado su anhelo más íntimo. Y él ya solo deseaba poder abandonar ese maldito lugar lo antes posible.

La voz de Mundo lo extrajo de su divagación.

—Eeh... Maestro... —Ambrosio alzó la vista hacia él con gesto extrañado.

Ver de aquel modo, entre indeciso y acongojado, a ese joven habitualmente despreocupado, casi le resultaba más turbador que la labor que tenía por delante.

El muchacho, al verse traspasado por la mirada inquisidora del maestro, tragó saliva.

—Esto... Yo... Yo tengo... otro recado para vos.

XIII

CATEDRAL DE COMPOSTELA, 4 DE MAYO DE 1588

Dicen que un lince puede ver el cepto antes de que se cierre sobre él.

Sin embargo, es cierto también que no siempre logra esquivarlo.

Sanclemente percibió una vibración extraña al entrar en el salón. En torno a lo que llamaban mesa capitular, los miembros del cabildo guardaban un sospechoso silencio mientras esperaban. De un solo vistazo percibió que no faltaba ni uno. A raíz de la forzada indiferencia que desprendían, comprendió que acababan de estar hablando sobre él.

Y no bien, seguramente.

Disimuló. Aunque se temía lo peor, no les ofrecería la ventaja de sacar el tema de la visita de Ambrosio. No sabía cómo podían haberse enterado de que su ilustre tío estaba en la ciudad, pero era igual.

Iba a tener que afrontar la reunión bajo aquel alud en ciernes.

—Comienza aquí la junta capitular del cabildo —empezó, tras hacerle una seña rutinaria al secretario— de esta sacrosanta iglesia catedral.

Como cada dos semanas, los canónigos debatieron sobre los temas que afectaban al funcionamiento del templo. Se hizo un recuento de los peregrinos que habían llegado a la ciudad, se dio cuenta de pleitos y sucesos y se propusieron soluciones para los problemas de intención que habían surgido en ese tiempo.

El arzobispo pudo apreciar cómo la tensión iba subiendo según la reunión avanzaba. Los indicios eran inequívocos: miradas hastiadas que se cruzaban cada vez con menos disimulo, tamborileo de dedos sobre la mesa y gestos ásperos que comenzaron explicitando impaciencia y que fueron transformándose poco a poco en muda crispación.

Aun así, él continuó impassible.

—Perfecto, entonces. Si no hay ningún otro asunto, levantamos la reunión —zanjó al acabar, en el tono más neutro que halló, mientras iniciaba la acción de levantarse.

Si se habían contenido todo aquel tiempo, caviló, quizás no se atreviesen ahora a intervenir. Reafirmandose en su idea inicial, decidió no darles pie. Tal vez, si nadie hablaba, podría escabullirse.

—Sí hay *otro asunto* —se escuchó de pronto.

Sanclemente volvió a sentarse, reprimiendo un mohín de fastidio.

Frente a él, Carmelo Ares, el reliquero de la catedral, echaba chispas por los ojos. Y no solo eso; el tono de su voz traslucía indignación.

—¿Y bien, hermano? —preguntó el prelado con gesto inocente.

Todas las miradas se dirigieron hacia el reliquero.

Reinaba la turbación, pero fray Carmelo estaba demasiado furioso para amilanarse.

—¿No tenéis nada que contarnos, monseñor? —siseó—. Creo que este cabildo debe conocer cualquier maniobra oscura que su arzobispo detecte en la ciudad... ¿No es así?

Todos los ojos se centraron en el metropolitano, que tuvo que esforzarse por mantener la compostura. Ares era un fraile enjuto que afirmaba hablar con Dios en sueños. Su fanatismo y su carácter agrio provocaban que todos trataran de eludir cualquier enfrentamiento con él. Eran conocidas sus habituales reprimendas, a voz en grito y en plena catedral, tanto a fieles como a novicios por nimio que fuese el motivo.

—Ya hemos tratado todos los temas previstos —respondió el prelado, aunque sin convicción.

Un rumor de disconformidad se elevó alrededor de la mesa.

Fray Carmelo, furibundo, se puso de pie con los puños cerrados.

—¿Y qué hay del licenciado Morales, monseñor? ¿Acaso la presencia de semejante difamador ha de ser ignorada?

Sanclemente se enderezó.

Allí estaban todos, mirándolo expectantes con cara de no dar crédito: el deán, los arcedianos, los priores, el chantre, el maestrescuela, el tesorero, el archivero y el reliquero, que seguía atravesándolo con una mirada que desbordaba indignación.

Tras un carraspeo nervioso, el purpurado esbozó una sonrisa que no logró aparentar candidez.

—Hermanos... —dijo al fin, mirando a unos y a otros—. Ese hombre es un enviado del rey. No sé qué encomienda de Su Majestad habrá venido a cumplir a Compostela, pero no creo que este cabildo deba inmiscuirse...

—¡Nos acusó de ser corruptos! ¡De abusar de la buena fe de los peregrinos! —lo interrumpió Ares, fuera de sí—. ¡Nos llamó estafadores, señor mío! Y, lo que es peor..., ¡puso en duda la santidad de este lugar!

El metropolitano apretó la mandíbula.

Por mucho que en las reuniones capitulares todos los miembros del cabildo tuvieran voz y voto, interrumpir así a una dignidad de su rango suponía una afrenta inadmisibles. Al menos, en condiciones normales.

Fray Carmelo, echando espumarajos por la boca, se dispuso a seguir ladrando contra Ambrosio y contra quien había permitido su presencia en la ciudad, pero el hombre ubicado a su izquierda le agarró una manga con discreción, conminándolo a tomar asiento.

Sanclemente alzó una ceja al ver cómo el furibundo monje se sentaba sin chistar con la cabeza gacha.

—Disculpadlo, monseñor. —La voz del hombre situado a la izquierda de Ares sonó particularmente cálida en contraste con la del reliquero—. Pero debéis comprender la alteración de nuestro hermano. Ese hombre, Morales, ha atentado gravemente contra esta catedral. Y contra los peregrinos. Hasta la autenticidad de nuestra fe ha osado poner en entredicho.

El arzobispo no tardó en atar cabos.

Todo aquello había sido orquestado por ese hombre: Indalecio Cabana, arcediano de Trastámara. En el año escaso que llevaba ocupando la cátedra episcopal ya había intuido que era él quien manejaba los hilos en aquel cabildo. Podría asegurar que sus predecesores en el cargo habrían bailado al son de la música que él tocaba sin tan siquiera percatarse.

Y ahora, a raíz de la visita de Ambrosio, lo tenía a él en la palma de su mano.

—No hay nada que disculpar —mintió Sanclemente, buscando una salida—. Hermanos, si no me equivoco, los hechos que relata fray Carmelo sucedieron hace más de quince años. —Ares soltó un bufido que Cabana reprimió apretándole el antebrazo, que no había llegado a soltar—. No sé si el licenciado Morales habrá venido a enmendar sus faltas o a reafirmarse en sus opiniones, pero trae consigo una cédula firmada por el rey Felipe para que este cabildo le permita desarrollar su cometido dentro de la catedral. Es nuestro deber respetar la voluntad real.

Y diciendo esto, se levantó sin esperar más réplicas.

Después, aprovechando la estupefacción general, salió por la puerta más cercana a toda prisa, haciendo volar sus ropajes purpuraados tras de sí.

Al cerrarse la puerta, fray Carmelo le dedicó una mirada de incredulidad a Cabana. Indalecio negó muy despacio y el reliquero, aunque a punto de estallar, se hundió en su asiento.

Todos aguardaron a que el arcediano de Trastámara tomase la palabra.

—Bien, hermanos —comenzó al fin Cabana, muy despacio—. Ha quedado en evidencia lo que sospechábamos. El cronista del rey, el tío de nuestro propio metropolitano, se ha plantado otra vez en nuestra ciudad. Y lo ha hecho con el beneplácito de quien más debiera defender la tumba del señor Santiago: el propio arzobispo de su catedral.

Los miembros del cabildo cruzaron unas miradas nerviosas.

Lo que Cabana les había confiado horas antes en voz baja había resultado ser cierto. El viejo erudito estaba de vuelta. El mismo hombre que había denunciado las corruptelas de su sede por todas las villas y ciudades del reino. El que había acusado al *Voto de Santiago* de estafa; a ellos, de cobrar unas rentas que no les correspondían, y a la propia peregrinación a Compostela de no ser más que una engañifa para incautos.

Indalecio los dejó macerar un rato antes de continuar.

—Recordad, hermanos... Alineándose por momentos con la herejía protestante, el ilustre licenciado atacó entonces con fiereza a las indulgencias que aquí se otorgan —a favor de corriente, el arcediano omitió voluntariamente que lo que Ambrosio había atacado en verdad era el cobro que ellos hacían a cambio del perdón de los pecados— y a las limosnas que los fieles pueden dar para la salvación de sus almas, si así lo desean, ante las reliquias.

Los canónigos se miraron consternados.

El azote de la sede compostelana, su peor pesadilla, había regresado. Y esta vez no solo traía una cédula firmada por el rey en persona. Aunque pareciera imposible, las cosas habían ido a peor. Ahora, el arzobispo era su propio sobrino.

Los privilegios y las riquezas de cada uno de ellos pendían, por tanto, de un hilo muy fino.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó, casi sin voz, el prior de Sar.

Cabana bajó la mirada hacia sus manos durante un silencio que a los demás se les hizo eterno. Después alzó la cabeza con un brillo renovado en las pupilas.

—La situación es preocupante, hermanos... Aunque malintencionado y vil, ese hombre es un prodigio de inteligencia. Y, como he dicho, que sea tío y mentor de la máxima autoridad de esta catedral no es precisamente buena señal.

—El arzobispo tiene un voto en este cabildo —gruñó el archivero, a su lado—. Al igual que cada uno de nosotros. Ni más ni menos.

—Cierto, hermano. Pero su sola voluntad, sobre todo si supone la extensión de la de Su Majestad, puede abrir todas las puertas de este

templo sin que nadie tenga autoridad para impedirselo —contestó Cabana, sin aspereza.

—¿Ah, sí? —preguntó Ares, más al aire que al arcediano—. ¿Aunque ese cronista sea tío, sospechosamente, del obispo en cuestión? ¿Aunque sus malas artes hayan puesto en entredicho la piedad de esta santa casa? —Indalecio lo dejó a sus anchas. Era como si las objeciones del reliquero formasen parte de su propio discurso, reforzándolo—. ¡En pie, hermanos! Ese que puede ver en la noche... ¿no será capaz de ello precisamente porque es un enviado del diablo?

Un brillo justiciero destelleó en los ojos de Cabana. Lo tenía todo bien atado.

El mensaje estaba claro: o con ellos o contra ellos.

—¡Otros reyes de Castilla pretendieron someter a este cabildo antes que el actual! —siguió Ares, ya a voz en grito—. Pues bien, a Felipe le digo lo mismo que a sus predecesores: ¡la casa del señor Santiago no se toca! ¡Su santidad vuela sobre palacios reales como una mariposa sobrevuela el fango! Solo un rey tiene autoridad sobre ella, ¡y es el rey de los cielos! ¡El único Dios verdadero!

Un clamor enardecido hizo eco a sus proclamas. El cabildo en su totalidad asintió de forma enérgica, provocando que la perorata del reliquero fuera a más. Cabana los dejó hacer, complacido. Finalmente, el arcediano se levantó y puso una mano en el hombro de fray Carmelo, recuperando el control sobre la reunión.

—Estamos de acuerdo, pues —sentenció, aunque tal afirmación no hubiera sido ratificada en ningún momento—. No permitiremos que ningún conspirador husmee en nuestro templo. Como bien ha dicho fray Carmelo, el poder real en Compostela ha de plegarse al poder divino. Quede a discreción de los custodios de las reliquias sagradas, aquí presentes, la aceptación de esa cédula o su rechazo frontal.

Todos lo contemplaron con una incógnita suspendida sobre la mesa.

—¿Podemos negarnos a colaborar, decís? —aventuró el arcediano del Salnés, poniendo voz al gesto dubitativo de todos los demás—. Quiero decir..., si Morales solicita acceso al tesoro..., o al archivo o a las reliquias..., ¿debemos cerrarle el paso?

Los otros aguardaron la respuesta con inquietud. Una cosa era clamar contra aquel hombre entre aquellas cuatro paredes y otra, muy distinta, poner el pecho desnudo ante su espada.

—¡Os aseguro que no pondrá sus sucias zarpas sobre mis reliquias! —bramó Ares, antes de que Cabana volviera a tocarle el brazo reclamando silencio.

—Hermanos, por favor... —sonrió ahora el arcediano, aunque sus ojos eran de piedra—. Entre allanarle el camino y construir una muralla ante él hay muchas opciones posibles... Quién sabe, tal vez unas simples zarzas colocadas estratégicamente puedan detener su avance... O un atajo convenientemente colocado ante sus pies que al final resulte ser desvío... —Algunos esbozaron un gesto malicioso, pero la mayoría lo miró con ojos de vaca, sin comprenderlo—. Digamos que... nuestra resistencia ha de ser pasiva. Alargar sus insidias de forma indefinida es lo que debemos procurar. Evitemos una confrontación que no haría más que darle alas. Recordad, hermanos: nada mina más la determinación de un hombre que un paseo indefinido por un páramo sin lindes.

Aunque confusos, todos asintieron.

No alcanzaban a comprender cómo iban a materializarse aquellas intenciones, pero si algo les había demostrado el arcediano durante años era que siempre tenía un plan. Al ver que Cabana se sentaba otra vez, como dando por finalizado su discurso, algunos canónigos empezaron a levantarse con indecisión. Después, poco a poco fueron saliendo.

Ares y Cabana se quedaron solos.

Tocaba hacer balance de su puesta en escena.

—¿Crees que alguno pondrá la cara para detener a ese indeseable? —preguntó Carmelo.

—Es obvio que no —respondió el arcediano—. Llevamos años entre ellos; ya sabemos que son un hatajo de inútiles.

—¿Entonces? —insistió Ares, entre perplejo y furioso.

Cabana guardó silencio.

La reunión había transcurrido según sus planes, y a buen seguro que un cabildo arisco le iba a poner las cosas difíciles a Ambrosio, cualesquiera que fuesen sus intenciones. Sin embargo, si resultaba ser verdad que el monarca le había encargado ahondar en su argumentación con el fin de restarles poder y privilegios, la tibia resistencia de esos pusilánimes no iba a bastar para detenerlo.

Y eso, en el caso de que aquella fuese en realidad la encomienda del rey.

Frunció el ceño. Las cosas no encajaban. Lo sucedido quince años atrás también le había acarreado serios problemas a Felipe... La iglesia de Compostela extendía sus tentáculos de poder e influencias por todo el reino. Algunas de las familias más poderosas estaban dispuestas a respaldar sin fisuras a esa sede, cuna del santo patrono de las Españas y símbolo de su identidad cristiana. Así pues..., ¿qué sentido tenía ahondar ahora, tanto tiempo después, en aquella afrenta?

Negó con la cabeza, preocupado. No, Ambrosio no había regresado para seguir clamando contra sus privilegios. Sin embargo, aquel hombre había decidido regresar a la mismísima boca del lobo. Por lo tanto, sus intenciones podían ser incluso más preocupantes.

La mirada expectante de su compañero le hizo volver en sí.

A su lado, Ares seguía aguardando una respuesta.

—¿Recuerdas a Jerónimo Román? —preguntó al fin el de Trastámara.

Por si las cosas se ponían feas de verdad, él ya había esbozado un plan.

—¿Román? —El reliquero alzó las cejas—. ¿El devorador de libros?

Indalecio asintió. Así era como denominaban a aquel erudito, en efecto, en todas las audiencias del reino. Tal vez el único hombre cuyo prestigio estuviera al nivel del que precedía al licenciado Morales.

—Si Ambrosio ha venido a Compostela a culminar el ataque que inició hace tres lustros contra este cabildo, vamos a necesitar que un sabio de su misma talla esté listo para darle la réplica... Y si no... Bueno, sean cuales sean los planes de ese viejo insidioso, el único que podría desautorizarlo, llegado el caso, es Román.

Ares entornó los ojos mientras hacía memoria.

—Claro... Él recopiló la *Historia Bracarenensis*, bajo encargo de la diócesis de Braga... —murmuró, pensativo—. Un tratado magnífico que apuntala la veracidad de lo sucedido durante los siglos de fe que acumula esa sede... Si hace lo mismo aquí, la santidad de la tumba del apóstol no podrá ser puesta en entredicho otra vez... Ni tampoco el *Voto*, ni las prebendas de la catedral... ¿Es eso, Indalecio?

El arcediano, complacido, esbozó una media sonrisa.

Por una vez Ares iba bien encaminado.

—Esperemos que no sea necesario, pero si nuestro cabildo se muestra incapaz de detener el ariete del licenciado Morales, Román será convocado. Estaremos preparados —sentenció Cabana, incorporándose—. Mientras tanto, dilatemos los asuntos de Ambrosio cuanto podamos. Tal vez eso sea suficiente.

Fray Carmelo asintió en silencio. Tal vez aquello bastase, aunque él casi prefería que no. Ver al licenciado Morales morder el polvo era lo que en realidad deseaba.

Ese era el mayor placer que podía imaginar.

XIV

COMPOSTELA, 4 DE MAYO DE 1588

—Decidle a mi tío que pregunte por Carmelo Ares. —El arzobispo atendió a Mundo con amabilidad—. Él es el reliquero de la catedral; ya le he indicado que debe permitirle examinar las reliquias sagradas si el licenciado así lo desea.

Aunque el recadero no se percató, el prelado desvió la mirada. De todos modos, aunque lo hubiera hecho, Mundo no habría sabido identificar tal gesto con una mentira.

Faltaban puñales en su espalda.

El joven agradeció la deferencia con una inclinación de cabeza. Ambrosio se iba a alegrar al recibir aquel mensaje. El maestro había augurado todo tipo de cortapisas por parte de esos canónigos retorcidos.

—Gracias, monseñor. Así lo haré.

Sanclemente lo despachó con un ademán de impaciencia y el muchacho se volvió, dispuesto a retirarse. Cándido y el maestro aguardaban su regreso en el Hospital Real rodeados de papelotes.

—Segismundo... —La voz del arzobispo a su espalda, cuando ya se acercaba a la puerta, le hizo girarse en redondo.

—¿Sí, monseñor?

Al girarse, el joven se encontró con el gesto atormentado del prelado.

El hombre miraba a través de él con el ceño muy fruncido.

—Los miembros del cabildo no están, digamos, muy... contentos con la presencia del ilustre licenciado Morales en la ciudad.

Mundo asintió en silencio.

El maestro les había advertido que aquello sucedería. Se hacía cargo del papelón del arzobispo al tener que debatirse entre la ira de los canónigos de su iglesia y la veneración que profesaba por su propio tío.

—Decidle a vuestro maestro que se ande con tiento... Es un favor que le pido.

Mundo salió del palacio con una sensación agridulce.

El arzobispo les daba vía libre para examinar todo lo que había en la catedral y en el archivo, pero podía intuir las tribulaciones que todo aquello le estaba acarreado.

Ni siquiera oyó cómo el portón se cerraba tras sus hombros.

Tampoco se percató de que una mujer se interponía en su camino, ya en la calle, hasta que estuvo a punto de chocar con ella. Sobresaltado, se dispuso a balbucir una disculpa y a sortearla, pero ella le colocó una mano en el pecho.

—Se diría que mil amoríos rondasen esa cabeza, caballere —le espetó, con una sonrisa burlona en la cara.

Al ver de quién se trataba, el muchacho se quedó clavado.

Era la misma dama que se había presentado tres días antes en el hospital. La que llamaban «la Crecha», que regentaba la casa de peor fama de toda la ciudad... y a la que Ambrosio había ignorado bajo evidentes síntomas de aflicción.

Mundo no supo hacia dónde tirar. Ya le había pasado la primera vez. Era como si la insolencia de esa cortesana lo dejase sin argumentos. Trató de sobreponerse, pero se halló de frente con su gesto de descaro y... Y aquella belleza. Jamás había visto cosa igual. Andaría ya cerca de los treinta años, pero aquella piel..., aquel talle...

Y ahora, además, se daba cuenta de que olía tan bien...

—Vaya, y parece también que un gato se os hubiera comido la lengua —rió ella, y Mundo se puso rojo como un tomate. Él, que jamás se acobardaba, sentía ahora las piernas como de mantequilla—. Decidle a vuestro maestro que sigo esperando su visita. Le entregasteis mi mensaje, ¿no? —El joven asintió con un movimiento frenético del cuello—. Bien, pues han pasado ya tres días. No voy a pasarme la vida rondando este dichoso hospital. Decidle que venga a verme de una vez. Que sé lo que pasó en su anterior visita y que tengo información que darle. ¿Entendido?

Ante un nuevo asentimiento mudo del muchacho, la mujer le dio un toque pícaro en el mentón. Después, sin aguardar respuesta, se giró haciendo volar a la vez su vestido y su espectacular melena poblada de caracolas.

Tras una última mirada sarcástica y una leve carcajada, se alejó contoneándose.

Mundo pudo ver cómo saludaba a las beatas que se la cruzaban y cómo ellas se quedaban cuchicheando a su espalda, escandalizadas. Trató de recuperar el aliento, pero no pudo más que volverse hacia el hospital con el corazón acelerado. En lugar de un mensaje para el maestro, ahora tenía dos. Y no solo eso.

También tenía una palpitación desconocida en el pecho.

Un embrujo que jamás había sentido antes.

XV

COMPOSTELA, 5 DE MAYO DE 1588

A la mañana siguiente los tres se encaminaron a la catedral.

Al rodear el gran templo hacia su lado norte, los dos muchachos miraron arriba con desaprobación. El aspecto de la fachada era anticuado y ruinoso. Las grandes catedrales góticas que habían visto a lo largo del camino eran luminosas y gráciles. Comparada con ellas, aquella parecía pesada y opaca. La que en su momento había sido una de las iglesias más imponentes del mundo se veía ahora como una mole anticuada y oscura con síntomas de abandono.

Además, la torre de las campanas presentaba una clara inclinación hacia el sur.

—Deberían adecentar esos muros —observó Cándido—. Se diría que esta iglesia, en lugar de acoger la reliquia más sagrada de la cristiandad, fuese una cochiguera. Lo único que se ve lustroso es ese claustro que acaban de adosar a la fachada, y solo porque es nuevo...

Ambrosio esbozó un gesto de circunstancias.

Poner orden en un obispado como aquel no era tarea fácil. Tanto más cuando se arrastraban décadas de indolencia y dejación de esas funciones, precisamente, por las que sus responsables tan bien cobraban. Hasta la llegada de Sanclemente, aquello había sido un pantano de desidia.

—Ya sabéis..., hasta ahora, la curia compostelana ha tenido otros gastos...

Los muchachos sonrieron con disimulo. No solo de peregrinos vivían los lupanares de la ciudad, desde luego.

Lentamente, bordearon el templo hasta una fachada lateral. En aquel lugar, el llamado pórtico del Paraíso recibía a los romeros que en tiempos habían acudido desde todos los confines del mundo conocido, aunque también en eso se viviese ahora una época de vacas flacas. Una gran fuente circular reinaba en mitad de la plaza de los azabacheros. En ella, y como muestra de respeto, los caminantes tenían a bien librarse de la suciedad del camino antes de entrar en la ca-

tedral. Eso, al menos, era lo que defendía la tradición, aunque en realidad ese lavado de pies fuese más ritual que higiénico. También se decía del botafumeiro, el mayor incensario del mundo, que su función era hacer el aire respirable.

Resultaba irónico pensar que tal vez su auténtica misión fuese justo la contraria.

Ambrosio sabía bien que aquel inmenso turíbulo que oscilaba como una exhalación divina sobre las cabezas de los sobrecogidos fieles no era más que otra manera de recaudar oro. Otro truco visual destinado a hacer más rentable, si cabía, el espectáculo que cada día se ofrecía en esa catedral.

El viejo licenciado tomó aire al traspasar el portón. Estaban entrando en la casa del señor Santiago. Lugar de santidad. Un templo edificado sobre una patraña, tal vez, y sobre un zoco de falsas esperanzas. Sin embargo, aquel lugar también había acogido los anhelos de millones de inocentes a lo largo de los siglos.

Aunque solo fuera por ese motivo, merecía el mayor de los respetos.

Una vez dentro, les mostró a los muchachos cómo los peregrinos iban desfilando ante cada capilla de la girola para dejar limosnas en todas ellas.

—Han ido repartiendo eso que llaman Sagrados Vestigios por todos los altares de la catedral. Y lo han disfrazado de pía conmiseración hacia los fieles que llegan en busca de la indulgencia plenaria... —les susurró, con evidente disgusto—. Aunque en realidad no sea más que trocear un cadáver para multiplicar sus dividendos.

Los muchachos observaron el deambular de los romeros sin dar crédito a sus ojos. Cuanto más conocían de todo aquel negocio, más se asombraban de la falta de pudor de quienes se enriquecían con él.

Al fin, el maestro creyó divisar al hombre que estaba buscando.

Junto al altar, un canónigo enjuto vestido de riguroso negro amonestaba con acritud a los peregrinos que se demoraban demasiado tiempo delante de alguna reliquia. Entre ese detalle y la descripción que le habían dado, estaba casi seguro. Aquel tenía que ser el tal Ares. El reliquero.

Ambrosio frunció el ceño.

—Esos infelices han caminado durante meses hasta aquí, y otro tanto les falta para volver a casa. Y, aun así, ya veis..., no tienen ni un minuto para disfrutar del momento. Cuantos más pasen al día, más monedas caerán en el cepillo.

Tras un asentimiento mudo, y forzando un rostro lo más inexpresivo posible, Ambrosio se acercó a aquel hombre con actitud sumisa.

—¿Fray Carmelo?

Al oír su nombre, el monje se giró hacia él con gesto hosco. Ambrosio no supo si le molestaba ser importunado o si esa era la reacción que le suscitaba, precisamente, su presencia. La suya en concreto, sí.

—Y vos sois...

—Ambrosio de Morales. Para serviros, hermano. Y estos son Cándido Suevos y Segismundo de Bretoña, mis ayudantes.

Los muchachos ejecutaron una reverencia, pero el canónigo se quedó rígido y con la misma actitud huraña.

—¿Ayudantes? ¿Y en qué se supone que tendrían que ayudaros aquí, licenciado? Un hombre no necesita ayuda para rezar, y mucho menos para pedir perdón por sus pecados. ¡Y eso es lo único que se debe hacer en este santo lugar, señor mío!

El tono de su voz concordaba con su gesto agrio.

Mundo se removió, inquieto. Ambrosio, conciliador, no entró al trapo.

—Bueno, hermano... Para un anciano como yo, toda ayuda es poca. Hasta para caminar me hace falta ya.

El hombre lo miró de través, tieso como un palo.

Su silencio y su altivez lanzaban un mensaje de desprecio hacia las palabras amables de su visitante. Ambrosio pudo oír cómo Mundo resoplaba a su espalda y le echó un vistazo fugaz a Cándido, que sujetó discretamente a su compañero para evitar que saltase.

—¿Y qué es lo que queréis de este humilde siervo de Dios, *licenciado*? —preguntó Ares, aún más altanero y resaltando con un retintín burlón el título de su visitante.

—Nada en absoluto, hermano... —contestó Ambrosio, más suavemente incluso que antes—. Desde luego, no deseamos importunos. Es solo que hemos recibido permiso del arzobispo para examinar las sagradas reliquias que se custodian en esta casa, y queríamos saber cómo podemos...

—He recibido el recado de Sanclemente —lo cortó el reliquero, con una brusquedad intencionadamente hostil—. Vuestro sobrino, ¿no es cierto?

El cronista asintió. Al parecer, nadie iba a andarse con rodeos. Se removió. No le preocupaba la actitud de aquel canónigo malencarado; bien sabía que era de esperar un recibimiento así. Lo que empezaba a alterar su pulso era saber que Mundo, tras él, estaba a punto de perder la paciencia.

—Pues bien, licenciado... —continuó Carmelo, regodeándose—: como bien decís, estas reliquias son sagradas. *Sa-gra-das*, ¿comprendéis? Están exentas, por tanto, de que ningún mortal, sea religioso o seglar,

se ponga a husmear sobre ellas. Ni Sanclemente, ni el papa de Roma ni el mismo Espíritu Santo bajado del cielo harán que os lo permita.

Hasta entonces, la conversación había transcurrido entre susurros. Sin embargo, la altanería de Ares sobrepasó el aguante de Mundo, ya minado previamente.

¿Quién se había creído aquel petimetre para hablarle así al maestro?

—¡Estáis hablando con el cronista mayor de Castilla, monje! —vociferó el joven, lo que provocó que todos los peregrinos de la catedral los mirasen, sobresaltados—. El mayor sabio que jamás tendréis ocasión de conocer, ¿comprendéis? ¡El enviado del rey Felipe en persona! ¡Contened esa lengua si queréis conservarla!

Cándido trató de sujetarlo, pero el muchacho vibraba de indignación.

Ambrosio se giró hacia él mientras Ares, amedrentado, retrocedía hasta la imagen del Santiago *Matamoros* que tenía detrás.

—Segismundo, te lo ruego —musitó el cronista, agarrándolo por la pechera.

El joven, temblando, retiró la mirada de fuego que había clavado en el reliquiario y se volvió hacia su maestro. La furia le hacía resoplar y sus enormes músculos parecían estar a punto de estallar, pero cuando Ambrosio le puso la mano en el pecho bajó la cabeza.

—Pero maestro...

—Cándido, llévatelo de vuelta al hospital. Y no salgáis de allí hasta que yo regrese.

A duras penas, el frágil muchacho arrastró a su compañero hacia la puerta. Aunque pasiva, su resistencia era comparable a la de un buey de tiro.

Antes de desaparecer, Mundo aún tuvo tiempo de fulminar al canónigo con la mirada. Al final, Cándido logró llevárselo consigo al exterior. Finalmente, para alivio de Ambrosio, los dos se perdieron de vista tras las columnas de la nave principal.

Las conversaciones en voz baja se reanudaron por los rincones.

El licenciado se acercó de nuevo a Ares, que alzó el mentón otra vez, desafiante. Lo publicado por Ambrosio quince años atrás hacía de él un enemigo irreconciliable.

—Hermano, no he venido a turbar vuestra paz —volvió a empezar con voz serena, pese a que aquello también fuese mentira—. Ni la del señor Santiago, creedme. Pero he recibido una encomienda del dueño y señor de estos reinos, y es mi deber cumplirla.

Ares ni siquiera respondió. Se limitó a atravesarlo con la mirada con una mezcla de odio y altivez reflejada en la cara.

—No os importunaré si me permitís hacer mi trabajo —remató Ambrosio—. Vendré, examinaré lo que aquí se guarda y elevaré el correspondiente informe, como me ha sido encomendado. Después me iré por donde he venido. Recordad: es vuestro soberano quien me envía.

Fray Carmelo lo escrutó con los dientes apretados.

Ambrosio creyó leer en aquel gesto sus intenciones. No iba a oponerse frontalmente a la voluntad del monarca, pero tampoco iba a dejarle campar a sus anchas por ese lugar.

Intuyó que una mano más sutil manejaba los hilos desde las sombras.

Al verlo así, impasible, Ambrosio se encogió de hombros. Tendría que renunciar a su empeño por el momento. Aquel fanático era capaz de sacarlo a empujones del templo si se empeñaba en revisar las reliquias, y él no era más que un anciano.

Sin esperar respuesta se giró, dispuesto a regresar al hospital, y se fue alejando con la mirada del reliquiario clavada en la nuca. Tras unos pasos dobló la esquina del crucero y desapareció. Tocaba regresar con los muchachos.

Sin embargo, justo antes de la salida una mano lo agarró desde atrás. Sorprendido, Ambrosio se detuvo. Ante él, con mirada divertida y un aspecto peculiar, un monje pelirrojo y menudo lo observaba sin ocultar la sonrisa socarrona que asomaba a sus labios.

—Veo que habéis conocido a nuestro reliquiario —saludó el muchacho, con un marcado acento extranjero.

Ante el desconcierto del anciano, el joven se inclinó.

—Arlynn Sheridan, para servir a vuestra excelencia —se presentó. Al ver que Ambrosio se quedaba mirando su hábito, sonrió más abiertamente—. Sí, licenciado. Pertenezco a la compañía de vuestro viejo compadre, Ignacio de Loyola.

El cronista bajó la cabeza en señal de respeto.

Aquel joven jesuita debía de ser uno de los religiosos provenientes de otros países que se afincaban en Compostela para facilitar el sacramento de la confesión a los peregrinos extranjeros en su lengua materna. Un templo que recibía a tantos visitantes foráneos precisaba intérpretes que pudieran confesarlos para que expiasen sus pecados.

—Un *lenguajero*, supongo —aventuró Ambrosio.

—Para serviros —repitió el joven, risueño—. Somos varios los jesuitas irlandeses que hacemos de traductores aquí.

—Una gran labor, la vuestra —contestó el anciano, con prisa. Tras el desagradable episodio con Ares estaba deseando regresar al hospital. Además, aquella desconcertante sonrisilla empezaba a incomodarlo—. Ahora, si me disculpáis...

El joven bajó la nuca y Ambrosio se dispuso a salir hacia la plaza.

—No será hoy, Morales, pues miradas indiscretas nos vigilan, pero debéis venir a verme a la Corticela. Allí os espero; cualquier día al anochecer. Debéis conocer cuanto antes la verdad que se oculta entre las piedras de esta ciudad.

El cronista se volvió hacia el muchacho con gesto extrañado, pero él se dio la vuelta sin mirarlo y se escabulló entre los fieles que se agolpaban en la nave central.

Antes de irse, eso sí, le dedicó un último susurro.

—No sois la única amenaza que pende sobre esas reliquias.